

EL CHOQUE

CLARK CARRADOS

Rod Cadygan oyó el tenue zumbido del helichorro que se acercaba a su cabaña y levantó la vista en el acto. Frunció el ceño; le desagradaba sobremanera que los curiosos viniesen a turbar su soledad.

Estaba sentado en una silla, con una caña en la mano. Su cabaña se hallaba en un paraje muy intrincado de las montañas, edificada al borde de un pequeño lago, que le suministraba tanto comida como agua potable. Dejó la caña a un lado y, girando en redondo, se metió en el interior, de donde volvió a salir a poco armado con un rifle.



Clark Carrados

El choque

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 350

ePub r1.0
LDS 04.11.18

Título original: *El choque*
Clark Carrados, 1965
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



EL CHOQUE



CAPÍTULO PRIMERO

Rod Cadygan oyó el tenue zumbido del helichorro que se acercaba a su cabaña y levantó la vista en el acto. Frunció el ceño; le desagradaba sobremanera que los curiosos viniesen a turbar su soledad.

Estaba sentado en una silla, con una caña en la mano. Su cabaña se hallaba en un paraje muy intrincado de las montañas, edificada al borde de un pequeño lago, que le suministraba tanto comida como agua potable. Dejó la caña a un lado y, girando en redondo, se metió en el interior, de donde volvió a salir a poco armado con un rifle.

Realmente no tenía intenciones hostiles contra el presunto visitante; sólo pretendía, asustarle con el arma. A fin de cuentas, se dijo, tenía tanto derecho a que se le respetase su soledad, como a expulsar de su propiedad a toda aquella persona que no le resultase grata. Había heredado aquellos terrenos de una abuela suya y en la propiedad se incluían, además de la cabaña, el lago y una extensión de tierra de alrededor de una milla y media de radio a partir de las orillas del lago.

Rod Cadygan era un hombre robusto, de anchos hombros y caderas enjutas, cabellos oscuros y ojos azules, nariz aguileña y mandíbula cuadrada. En su rostro, tostado por el sol, se advertía un continuo rictus de amargura, un gesto de hastío y cansancio cuyo origen era desconocido para las gentes.

El helichorro perdió altura con rapidez. Momentos después se posaba en la explanada que había en la parte delantera de la cabaña.

El piloto presionó el mando de apertura y la cúpula se echó a un lado. En seguida el ocupante saltó al suelo. Entonces, Cadygan pudo

ver que se trataba de una mujer.

Era joven y esbelta, de cabellos negros y ojos verdes, fosforescentes, casi magnéticos; tez muy blanca y suave y labios jugosos. Cubría su cuerpo con un chaquetón acolchado, de color anaranjado, con cuello de piel, y unos pantalones azules, cuya extremidad inferior estaba introducida en la caña de unas botas que le llegaban a la mitad de la pantorrilla. Pendiente del hombro traía una caja cuadrada, forrada de piel negra.

Pero no porque fuese una mujer bajó Cadygan el arma.

—Quieta ahí —ordenó en tono perentorio, aunque sin levantar demasiado la voz—. No avance más, dé media vuelta y regrese inmediatamente por donde vino.

Ella le dirigió una curiosa mirada.

—Señor Cadygan, soy Augusta Aubey, del *Brenville Morning Star*, y deseo hablar con usted —manifestó con voz clara y bien timbrada —. Por favor, le ruego deponga su actitud. He atravesado casi todos los Estados Unidos para venir…

—No siga —cortó él sin abandonar su tono hostil—. No quiero nada con periodistas, ni aunque sean del sexo femenino. Vuélvase por donde ha venido y no me haga recurrir a la fuerza para hacerle saber que, periodista o no, está en terrenos particulares, cuyo dueño no quiere permitir la estancia en ellos a personas que no son de su agrado.

—Y los periodistas, al parecer —comentó Augusta—, son, para usted, la especie más desagradable de cuantas ha producido el género humano.

—Exactamente —contestó Cadygan sin inmutarse—. Vuélvase…

—Espere un momento. —Los ojos de la chica fulguraron de un modo extraño—. Me iré, pero tenga la seguridad de que, en el plazo mínimo, el correo le traerá un ejemplar de mi periódico con un artículo firmado por Gussie Aubrey… familiarmente me llaman Gussie, ¿sabe usted?, en el cual se formularán distintas preguntas acerca de los motivos por los cuales el tercer oficial de la «Rusamer» calló la existencia de seres vivientes en Marte. También se formularán muchas preguntas acerca de los verdaderos motivos por los cuales murieron todos los miembros de la expedición, menos dos, precisamente el capitán Poniakov, ahora internado en un manicomio de las cercanías de Moscú, y el tercer oficial Cadygan; y

mi periódico hará aún más preguntas exigiendo una investigación a fondo y una explicación genuina de los orígenes de la catástrofe en que derivó el viaje de la citada astronave, el primero que se hacía al cuarto planeta del sistema solar. ¿Le gustaría ver publicado el artículo, Rod Cadygan?

El joven palideció.

—Está fantaseando, señorita Aubrey.

—Gussie, por favor —rogó ella con una encantadora sonrisa—. Me disgustan los tratamientos protocolarios. Y no fantaseo, porque, además del texto escrito, se publicarán un par de fotografías de usted y de los distintos miembros de la tripulación de la «Rusamer», en compañía de algunos de los marcianos. Tenga la película original y, créame, Rod Cadygan, he podido ver algunas cosas en verdad sorprendentes al revelarla y positivarla. También entiendo algo de fotografía, ¿comprende?

Cadygan frunció el ceño.

—¿Cómo ha llegado a su poder ese negativo? —preguntó en tono áspero.

—Nos lo remitieron a Brenville, dentro de la correspondiente cámara, por supuesto, con todos los demás objetos personales del segundo Metcalfe. Era mi hermano, ¿sabe?

—¿Metcalfe? Usted se llama Aubrey —se extrañó Cadygan.

—Mi madre se casó dos veces. Yo soy hija de su segundo esposo —explicó Gussie—. Tengo aquí algunos ejemplares de las fotografías. ¿Quiere verlos? —invitó.

—¿Cómo llegó a su poder esa cámara? —preguntó Cadygan—. Que yo recuerde, Brian Metcalfe no llevaba una cámara fotográfica en su equipaje. Además, me imagino, sus objetos personales debieron ser minuciosamente examinados por la Comisión del Espacio. Había más cámaras fotográficas…

Gussie sonrió.

—Pero ninguna de ellas dentro de una supuesta afeitadora eléctrica a pilas —manifestó la joven—. Se la regalé yo a Brian, precisamente para la ocasión, con el ruego de que me hiciese algunas fotografías especiales para el *Brenville Morning Star*, distintas de las que distribuirían los organismos oficiales. Como es natural, la máquina de afeitar nos llegó junto con el resto de los objetos personales de mi pobre hermano y… ¿a quién se le iba a

ocurrir que había una cámara fotográfica dentro de una afeitadora eléctrica? Extraje la película, la revelé, obtuve los correspondientes positivos y… ¡Vea usted, Rod Cadygan!

Gussie Aubrey abrió una bolsa lateral de la caja que pendía del hombro y sacó de ella una cartulina de tamaño postal, que entregó al joven. Cadygan la tomó con gesto maquinal y la contempló durante unos momentos en medio de un completo silencio.

Su mano se cerró de pronto sobre la cartulina y la estrujó, hasta reducirla a una bola, que arrojó a un lado con gesto crispado. Luego, giró sobre sus talones y se metió en la cabaña.

Gussie sonrió, movió ligeramente la cabeza y le siguió. Cuando franqueó el umbral, vio al joven en pie, al otro lado, con las manos en la espalda, contemplando el paisaje a través de una ventana. Gussie observó que los dedos de Cadygan se movían sin cesar.

Paseó la mirada en torno suyo y divisó a un lado una pequeña cocinilla. Dejó la bolsa sobre una silla y, en silencio, empezó a preparar café, que encontró en una alacena próxima. Al cabo de unos minutos, llevó una taza al joven.

—Beba unos sorbos de café, Rod Cadygan —dijo en tono persuasivo—. Y no hable ahora, si no quiere; ya lo hará cuando se encuentre más calmado.

—Gracias —contestó él con voz ronca.

Tomaron el café en silencio. Al terminar, Cadygan salió a la veranda que daba directamente al lago. Ella le siguió también.

—Debió ser algo horrible lo que vieron allí, ¿no es cierto? —preguntó ella.

—La palabra horrible no es una definición exacta —respondió él, mirando sin cesar hacia el otro lado del lago—. En primer lugar, nadie nos hubiese creído y después… hubiésemos podido crear una psicosis de pánico nada conveniente. Todos los tripulantes de la «Rusamer» acordamos guardar silencio y no decir nada de lo que habíamos visto.

—Pero ahora se está alistando la segunda expedición. Irán tres naves, una de las cuales irá destinada exclusivamente al transporte de material. En la «Rusamer» viajaban ocho hombres. Ahora irán una veintena. Esos hombres tienen derecho a saber lo que sucedió allí.

—¿De qué les serviría? —Cadygan se volvió de repente hacia la

chica—. «Ellos» se habrán ido ya. No encontrarán el menor rastro…

—¿Está seguro? ¿Cómo puede afirmar que «ellos» se han ido? Y, sobre todo, ¿quiénes son esos «ellos» que acaba de mencionar?

Cadygan se pasó una mano por la frente. Luego buscó en los bolsillos de su camisa y sacó cigarrillos.

Gussie respetó su silencio. En aquel punto, daba el sol y la temperatura era excelente, por lo que se vio en la precisión de despojarse del chaquetón acolchado. Debajo vestía una simple blusa de color azul claro, que revelaba las firmas líneas de un busto arrogante y compacto. Inclinó un poco la cabeza para agradecer la llama que Cadygan había animado al extremo de su pitillo y expulsó el humo con verdadero placer.

—Brian Metcalfe nunca me dijo que tuviese una hermana —comentó él.

—Era un poco reservado —explicó Gussie—. A pesar de lo cual, mis padres y yo le queríamos mucho. Para nosotros, su muerte resultó un duro golpe. Dígame, ¿cómo murió?

—No lo sé —respondió Cadygan—. A decir verdad, todavía no he conseguido explicarme de modo satisfactorio y definido cómo murieron los otros seis tripulantes.

—La hazaña que realizó usted, regresando con el capitán Poniakov completamente loco, sólo a través de más de doscientos millones de kilómetros, en el espacio, es algo notable. Se supone que las largas semanas que duró el trayecto, además del recuerdo de los seis compañeros que yacen ahora bajo las arenas marcianas, influyeron en la mente del capitán Poniakov hasta trastornarla por completo. Usted resistió, pero también quedó excluido en el futuro de toda operación astronáutica; la Comisión del Espacio teme que no pueda resistir un segundo viaje a Marte. ¿Qué pasó, Rod? ¿Tan terribles son… «ellos»?

—No son terribles, en realidad. Son… —Cadygan arrojó el cigarrillo de pronto al agua—. ¡Es tan difícil de explicar!

—¿Por qué no hace un esfuerzo y me lo cuenta todo? —rogó ella—. Si yo veo que resulta demasiado terrible, tanto, que no puede ser creído por el público, callaré y no diré nada, excepto a mis padres quienes, como es lógico, desean saber qué le ocurrió a Brian. Pero si esos seres no son lo que usted dice…

—¿Y cómo podría juzgar usted si son o no terribles si no los ha

visto? —preguntó él, casi con violencia.

—Usted los vio. Y se retrató con ellos. Poseo pruebas —declaró la chica sin inmutarse.

—Se equivoca. Ninguno de nosotros los vimos —contestó Cadygan de manera sorprendente.

CAPÍTULO II

El viento soplaba suavemente y gemía al pasar por entre las copas de los pinos que bordeaban el lago. Gussie Aubrey miró a Cadygan, temiendo que, al igual que el capitán Poniakov, hubiese terminado por perder la razón.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamó, al cabo casi de un minuto de intenso silencio—. Las fotografías no mienten. En una de ellas, está Brian, junto a usted y el navegante Petrovny, retratados al lado de dos marcianos…

—¡No son marcianos! Están… estaban allí, pero ya se habrán ido. —Repitió él—. Y no me pregunte cómo no pudimos verlos y, en cambio, aparecen en las fotografías, porque ni yo mismo sabría explicarlo. Son seres que pertenecen a un mundo distinto al nuestro, a un mundo situado a centenares de años luz de la Tierra… pero no viven tampoco en nuestra misma dimensión. Tienen nuestra forma humana, en líneas generales, aunque no son lo que pudiera llamarse humanos…

—Sí, pero ¿de qué murió Brian? —volvió a insistir la muchacha.

Hubo una pausa de silencio.

—No lo sé. No hay explicación posible —respondió Cadygan al cabo—. Brian y los otros cinco murieron… eso es todo cuanto puedo decirle.

Gussie le dirigió una mirada llena de suspicacia.

—Al oírle hablar así —dijo—, una tiene derecho a pensar que ocurrió algo tan espantoso, que usted no se atreve a decir la verdad, Rod. Incluso podría pensar que entre Poniakov y usted mataron a los otros seis, Dios sabe los motivos por los cuales cometieron tan horrendo crimen. Después… los remordimientos abrumaron al capitán de la «Rusamer» y se volvió loco durante el viaje, y usted se

refugió aquí, incapaz de soportar la vergüenza de presentarse ante las gentes. Soy la hermana de Brian Metcalfe; tengo derecho a saber la verdad de lo que ocurrió. ¡Y si no se explica de forma satisfactoria, la historia se hará pública y seis mil millones de dedos índices de otros tantos habitantes del planeta, le apuntarán a la cara y le acusarán de asesino!

—¡No, no! —gritó él con voz crispada—. ¡No soy un asesino! ¡Poniakov tampoco es un asesino!

—¿Entonces…? —Gussie le miró con los labios prietos.

De nuevo volvió el silencio.

De súbito, antes de que el joven pudiera hablar, se oyó un zumbido en el cielo.

Cadygan y Gussie levantaron la vista a un tiempo. Un segundo helichorro se acercaba velozmente a la cabaña.

—Esto se está poniendo hoy demasiado concurrido —exclamó él con un gruñido—. Voy por mi rifle.

Entró en la cabaña, tomó el arma, comprobó la carga y salió por el otro lado. La muchacha le siguió en el acto, armada con una cámara fotográfica.

Gussie se daba cuenta de que Cadygan tenía miedo, un miedo espantoso a algo que no podía saber todavía, pero que, indudablemente, se refería a lo que había ocurrido en la superficie del cuarto planeta. Era una terrible tragedia la sucedida en Marte y, al haber sido su hermanastro uno de los protagonistas, quería averiguar cuanto había pasado a doscientos millones de kilómetros de la Tierra.

El aparato descendió raudamente, refrenando su velocidad al hallarse a pocos metros del suelo. Una vez se hubo detenido, la cúpula se alzó y las dos personas que había en su interior, saltaron fuera y corrieron hacia ellos.

—¡Dios mío! —exclamó Cadygan—. ¡Es increíble!

—¡El capitán Poniakov! —dijo Gussie, aturdida por la sorpresa.

Al igual que todo el mundo, conocía al comandante de la «Rusamer» por las fotografías que se habían publicado en todos los medios de difusión.

Poniakov venía acompañado de una joven encantadora, de cabellos rubios y formas esbeltas. Poniakov era un hombre de unos treinta y cinco años, fuerte y robusto, algo más bajo que Cadygan,

pera de aspecto agradable y expresión resuelta.

—Capitán —exclamó el joven, bajando el rifle, a la vez que salía a su encuentro.

—¡Rod! —gritó el ruso.

Los dos hombres se estrecharon las manos con fuerza.

—Capitán, me deja usted de una pieza —confesó Cadygan—. Le suponía en… en el…

—Diga la palabra completa —sonrió Poniakov—. Manicomio, ¿no? Pero ya estoy curado por completo, si es que alguna vez estuve loco. Perdón, olvidé presentarles a Vania, mi esposa.

—¿Cómo está, señora Poniakov? —saludó Cadygan cortésmente —. Les presento a la señorita Gussie Aubrey.

—Hermana de Brian Metcalfe —se apresuró Gussie a aclarar, antes de que el capitán Poniakov tuviese tiempo de contestar a las palabras de Cadygan—. Celebro conocerle en persona, capitán, y también a su esposa.

Poniakov miró extrañado a la chica.

—Su apellido no coincide…

—Mi madre se casó dos veces —explicó ella—. Red, parece ser que el capitán Poniakov y su encantadora esposa han venido para decimos algo urgente, a juzgar por la expresión de sus rostros. ¿Por qué no les invita a pasar dentro y que nos lo digan con toda tranquilidad?

Cadygan se rehízo. Gussie parecía llevar la iniciativa.

—Desde luego —aceptó—. Entren, por favor.

—Tendré que preparar más café —anunció Gussie, satisfecha del giro que iban tomando los acontecimientos, que presentía sensacionales. En tal caso, sus reportajes al periódico no lo iban a ser menos.

—¿Le dieron de alta, capitán? —preguntó Cadygan.

—No. Me escapé, ayudado por mi esposa —manifestó el ruso.

—¿Por qué lo hizo?

Poniakov se sentó en una silla con gesto preocupado.

—Rod. —Dijo—. ¿Me creería usted si le dijera que he visto, mejor dicho, he tenido pruebas de la presencia en la Tierra de algunos de aquellos misteriosos seres que encontramos en Marte?

Cadygan guardó silencio durante unos momentos. Poniakov sonrió con tristeza.

—Te lo advertí, Vania. Rod también creería que no estoy curado.

—A mí no me importa, Jan —declaró la joven rusa, cogiendo la mano de su esposo, con gesto lleno de afecto.

—Yo le creo a usted, capitán —exclamó Gussie desde el otro extremo de la pieza, con todo desparpajo—. Pero me gustaría saber qué es lo que pasó exactamente en Marte. A fin de cuentas, tengo algún derecho a ello, ya que mi hermano murió en aquel planeta.

—No creo que el capitán quiera explicárselo, Gussie —respondió Cadygan.

—Entonces —respondió la chica tranquilamente—, el *Brenville Morning Star*, empezará a hacer preguntas indiscretas acerca de…

—¡Oh, ya está bien! —exclamó el joven furioso—. Sirva el café y después veremos si conviene que contestemos o no a esas preguntas. —Se volvió hacia el ruso—. Capitán, usted ha dicho antes que ha visto a algunos de aquellos seres con los que nos encontramos en Marte.

—Así es —confirmó Poniakov—. Mi esposa también los vio. ¿No es cierto, Vania?

—Sí. —Vania miró a Cadygan con expresión resuelta—. Los vi. Prometieron volver. Entonces, decidí ayudar a mi esposo a escapar del hospital donde estaba internado.

—Cuando regresamos a la Tierra, usted era soltero —declaró Cadygan.

—Los médicos recomendaron el matrimonio como parte de un plan de terapéutica de mi enfermedad —respondió Poniakov.

—La demencia de mi esposo —manifestó Vania—, sólo alcanzaba a lo que se refería al viaje a Marte; En todo lo demás, coordinaba a la perfección. Quiero decir, después de su regreso y de algunas semanas de curación. Y yo confío plenamente en él.

Cadygan se acarició la mandíbula en gesto pensativo.

—¿Dicen ustedes que los vieron? Pero si son…

—Se hicieron visibles —manifestó el ruso—. Usted sabe, que pueden hacerlo cuando les parece.

—Desde luego —convino el joven—. Pero ¿cómo llegaron a localizarle?

—¡El café! —exclamó Gussie de pronto, acercándose con una bandeja repleta—. ¿Cómo van las conversaciones? ¿Se ha averiguado algo de nuevo?

—Estamos tratando de hacerlo —contestó Cadygan, muy preocupado—. En lo que a mí personalmente se refiere, encuentro bastante extraño que le hayan encontrado a usted después de más de un año de haber regresado a la Tierra, capitán.

—No olvide que yo he sabido hallar su escondite —declaró Gussie con toda frescura—. Y sólo soy una simple terrestre, sin los fabulosos medios de que, al parecer, disponen esos misteriosos seres del espacio.

—Pero usted conoce la Tierra y ellos no —arguyó Cadygan—. Además, ¿por qué habían de encontrar al capitán y no a mí también?

Gussie tomó la taza y el platillo con ambas manos.

—¿Por qué no dejamos que lo conteste el propio interesado?

Cadygan volvió la vista hacia Poniakov. El ruso parecía asimismo muy preocupado.

—No lo sé —respondió—, no tengo la menor idea. Pero me encontraron.

—Y anunciaron que regresarían —remachó Vania—. En vista de ello, escapamos del hospital y decidimos venir aquí a advertirle a usted, señor Cadygan.

Un profundo pliegue se formó en la frente del joven. Empezó a pasearse por la estancia, a medida que hablaba.

—Encontrar a una persona entre más de seis mil millones, no es nada fácil —murmuró—. Puede hacerlo un terrestre que conozca los procedimientos al uso y que conozca, también, no sólo a la persona a la cual busca, sino sus particularidades más detalladas.

—Por ejemplo, yo —intervino Gussie—. Fui a la Comisión del Espacio y pedí su dirección. Me dieron una, pero usted ya no residía allí. Sin embargo, obtuve informes de que, antes de partir hacia Marte, solía venir aquí muchos fines de semana. El resto fue sencillo. Pero los marcianos no tenían por qué saber que el capitán Poniakov estaba internado en un manicomio y, por otra parte, tampoco era presumible que fuesen preguntando a todas las personas con quienes se encontraban en la Tierra. La presencia de unos seres extraterrestres habría sido denunciada de inmediato a las primeras planas de los periódicos.

—Desde luego, resulta bastante extraño —convino Poniakov—. Me dieron la sensación de que habían venido a tiro hecho. Como si

hubiesen sabido con exactitud, desde el primer momento, el lugar donde me escondía.

—Tal vez —aventuró Cadygan— le localizaron por algún medio desconocido para nosotros.

—¿Cuál? ¿La mente? Es algo superior a la nuestra, pero no mucho más. Si son telépatas, lo son exclusivamente entre ellos. Recuerde la forma en que nos comunicábamos: verbal o gráfica; no mental.

La mano de Poniakov subió hasta el lado izquierdo de su pecho, para hacer algo poco acorde con la buena educación: rascarse con fuerza.

—Es extraño —murmuró.

—¿Qué es lo que encuentra extraño, capitán? —preguntó el joven.

—Me pica aquí —declaró el ruso, señalando un punto de su cuerpo situado no lejos de su axila izquierda—. Pero eso no tiene importancia…

—Espere —dijo Cadygan. Él mismo acababa de captar una sensación semejante, una especie de cosquilleo bajo la piel, que no había sentido nunca antes de aquéllos instantes. Parecía como si estuviese sujeto a la influencia de una corriente eléctrica de débil intensidad—. ¿Ha sentido usted ese cosquilleo en alguna ocasión?

—Pues… sí, poco antes de que los marcianos me encontrasen… —Los ojos de Poniakov se dilataron—. ¡Rod! ¿Trata de decirme que…?

La idea que acababa de concebir iba tomando cuerpo en la mente de Cadygan. Por un lado, resultaba inverosímil, pero, por otro, la encontraba lógica por completo, en vista de las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo tardaron en encontrarle, después de sentir ese cosquilleo, capitán?

—Oh, varias horas. Cinco o seis, diría yo —respondió Poniakov.

—Entonces, tal vez tengamos tiempo de eludir su persecución —declaró el joven—. ¿Se acuerda usted que, después de haber muerto todos nuestros compañeros, permanecimos dormidos en cierta ocasión durante seis o siete días, sin que luego hubiésemos encontrado una explicación congruente para un sueño tan largo?

—Desde luego. ¿Sugiere usted que fueron los marcianos quienes

provocaron ese sueño? En tal caso, ¿para qué?

—Es muy posible que tanto usted como yo tengamos insertados bajo nuestra piel algún diminuto emisor de ondas que les permita localizarnos con toda seguridad —dijo Cadygan con voz firme—. Ignoro los motivos por lo que cometieron semejante acción con nosotros —añadió—, pero de lo que sí estoy seguro es de que no voy a permitir que me encuentren por segunda vez.

CAPÍTULO III

Un hondo silencio se produjo después de las precedentes palabras de Rod Cadygan. Jan Poniakov miró a su antiguo subordinado con aire de estupefacción.

Es verdad —murmuró al cabo—. No se me había ocurrido semejante posibilidad… y, sin embargo, la única explicación plausible.

—Si lo que acabo de escuchar es correcto, eso significa que los marcianos les insertaron bajo la piel una especie de radiofaro —dijo Gussie.

—Más o menos —admitió Cadygan—. Y el cosquilleo que notamos no es otra cosa que las ondas que están emitiendo en estos instantes, para señalar nuestra posición a los marcianos.

—En tal caso, tendríamos que hacer algo para despistarlos —dijo Poniakov.

—Primero deberían comprobar si es cierto que tienen insertado ese radiofaro —sugirió Vania, con muy buen acierto—. Y una vez que lo sepan con toda certeza, hacer todo lo posible para ansiar su funcionamiento.

—Comprobarlo, en este sitio y sin medios adecuados, es algo muy difícil. En cambio anular sus emisiones, mediante las cuales pueden localizamos, ya es más sencillo —declaró Cadygan.

—¿Cómo lo haría usted, Rod? —preguntó el ruso.

Cadygan reflexionó unos momentos.

—Creo que lo tengo al fin. Esperen unos momentos.

Salió de la estancia y regresó a poco con un rollo de cable eléctrico en las manos.

—Lo guardo aquí desde hace años —explicó—. Una vez quise tender una línea particular para tomar la corriente necesaria para la

cabaña, pero lo dejé, porque un viajante de aparatos eléctricos me ofreció un generador muy bueno, pequeño y a bajo precio. Así que la línea quedó en proyecto, pero conservé algunos de los elementos que no llegué a utilizar.

—No entiendo cómo piensa emplear el cable —dijo Gussie.

—Se lo diré ahora mismo —respondió el joven—. El capitán y yo nos enrollaremos, en torno al cuerpo y a la altura del punto donde notamos ese cosquilleo, una buena cantidad de metros de cable eléctrico, en espiral. El cobre contenido dentro del aislante de plástico servirá para detener, o por lo menos interferir las ondas de ese radiofaro que tenemos insertado en nuestros cuerpos.

Poniakov hizo chasquear los dedos.

—¡Claro! —exclamó—. Actuará a modo de rejilla, la cual absorberá las ondas que emitan esos aparatos que tenemos insertados bajo la piel. Pero ¿y después?

Cadygan sonrió, mientras empezaba a desenrollar el cable.

—Vaya quitándose la camisa, capitán. En cuanto hayamos terminado la operación, partiremos en seguida a buscar un médico amigo mío, cuyo aparato de rayos X confirmará la existencia de ése radiofaro. Y, si como sospechamos, está insertado bajo la piel solamente, él mismo nos lo extraerá mediante una sencilla operación quirúrgica.

—Conforme —contestó Poniakov, empezando a quitarse la chaqueta.

Momentos después, el ruso quedaba con el torso al aire. Entonces, Cadygan procedió a enrollarle el cable, a la altura de la tetilla, colocándolo de tal modo que cada vuelta de hilo tocase con la anterior. Así consiguió hacer una especie de faja de conductor eléctrico de unos veinte centímetros de ancho alrededor del tórax de Poniakov.

—Gussie, en el lavabo, en el armario sanitario, hay esparadrapo —pidió el joven.

Gussie trajo la cinta adhesiva, mediante la cual Cadygan terminó de sujetar el hilo.

—Ahora me toca a mí —dijo al concluir—. Supongo que nos sentiremos algo incómodos durante un tiempo, pero también estaremos seguros contra los detectores de los marcianos.

—Yo ya he dejado de notar el cosquilleo —exclamó Poniakov—,

lo cual indica la bondad de su procedimiento, Rod. Pero, aparte de esto, ¿me permite que le haga una pregunta?

—Claro, capitán —contestó el joven, mientras se soltaba los botones de la camisa.

—Hablamos de esos seres y les damos el nombre genérico de marcianos. Pero ¿sabemos si lo son realmente?

Cadygan se detuvo un instante y dejó que su mirada vagase a través de la ventana.

—Estaban en Marte, eso es todo lo que puedo responder —contestó en tono sombrío.

* * *

La pantalla recibía los impulsos en forma de unos chispazos de color rojo, que centelleaban con regulares intermitencias. Los órganos visuales de los tripulantes de la nave estaban fijos en las indicaciones del detector.

—Hemos localizado por fin a Uno —dijo el observador.

—Magnífico, Trece-Dos —contestó el ser que estaba a su lado—. Busque ahora el punto máximo de emisión.

—Sí, Seis-Cuarenta —contestó el observador.

Su mano movió el control. Los chispazos rojos se hicieron más frecuentes hasta que, de pronto, se convirtieron en una línea roja de un par de milímetros de anchura, cuya longitud era la de la pantalla.

—Se ha desplazado a gran distancia del último lugar donde tuvimos nuestra última entrevista —declaró Trece-Dos.

—Tenemos que hallarle —manifestó Seis-Cuarenta, comandante de la nave—. Ésas son las órdenes recibidas y estamos obligados a cumplirlas.

—Mire —exclamó de súbito el observador—. Otra señal.

Un punto rojo empezó a emitir destellos con gran rapidez en la pantalla. Los destellos duraron cosa de diez o doce segundos y luego, de modo brusco, se convirtieron en otra línea del mismo color, que quedó paralela a la anterior y a cortísima distancia.

—Uno ha encontrado a tres. Están juntos los dos —declaró Trece-Dos.

Seis-Cuarenta sonrió.

—Estaba seguro de que Uno escaparía para buscar a Tres. Mejor, así tendremos a los dos juntos. Tome nota de la posición y programe una órbita sub-atmosférica, a velocidad media, anulando toda detección enemiga.

—Sí, señor —contestó el observador, empezando a manejar los controles del aparato. De súbito, un grito de rabia se escapó de sus labios—. ¡Las señales de detección han desaparecido!

—¡Qué! —exclamó Seis-Cuarenta—. ¡Eso es imposible! ¡No saben que llevan consigo un radiofaro que nos permite orientarnos hacia ellos en el momento en que lo deseemos!

Trece-Dos reflexionó durante algunos minutos.

—Es posible que lo hayan averiguado de alguna forma —declaró al cabo—. Nosotros les insertamos los radiofaros, pero, hasta época relativamente reciente, no hemos tenido necesidad de captar sus destellos. Ignoramos, por tanto, qué efectos pueden producir en sus cuerpos.

—Ninguno —contestó Seis-Cuarenta en tono de suficiencia—. Los probamos de modo exhaustivo antes de despertarles.

—Precisamente ahí puede estar la clave de la desaparición de las señales —respondió Trece-Dos—. Efectuamos las pruebas mientras ellos dormían, de modo que si el radiofaro causó algún efecto en sus cuerpos, no pudieron notarlo en modo alguno. Ahora, en cambio, están despiertos y tal vez, al disparar desde aquí el dispositivo de emisión automática, ellos han notado lo que entonces no pudieron advertir bajo los efectos de la anestesia.

—Quizá —admitió el comandante de la nave—. De todas formas, lo que me preocupa es por qué Uno ha ido a ver a Tres. Cuando le visitamos, Uno estaba internado en un hospital para dementes.

—¿Y si fingía la demencia?

Seis-Cuarenta hizo una corta pausa.

—No nos interesa ahora —manifestó—. Ha llegado el momento y tenemos que encontrarles, sea como sea. ¿Tomó nota del punto exacto de dónde procedían las emisiones?

—Sí, señor.

—Entonces, gobierne hacia allí. Yo voy a descansar un rato. Avíseme en cuanto estemos a punto de llegar.

—Entendido.

* * *

Jeff Valthin estaba de muy mal humor. Tenía sobrados motivos para estarlo.

Había estado todo el día anterior en Mayhew Crossing, un inmundo poblacho en opinión suya, en el cual apenas si había podido colocar unos ínfimos pedidos del artículo que representaba —fajas ortopédicas para caballeros con línea «abundante»—, lo cual le había hecho emitir —mentalmente, por supuesto—, ciertas despectivas calificaciones para los hombres de Mayhew Crossing, que tan poco se preocupaban de su aspecto externo. Frustrado y resentido, había emprendido el camino de vuelta a la mañana siguiente y si no se sacudió el polvo de los zapatos al salir de Mayhew Crossing, fue porque la opinión que tenía de los ciudadanos de dicha urbe era tan baja, que temió que no le entendieran el gesto, así que, evitándose un trabajo inútil, montó en su automóvil y arrancó, jurando no volver más por aquella comarca, en la que tan poco aprecio tenían a sus artículos.

Jeff Valthin era un viajante a la antigua, lo cual significaba que todavía usaba el automóvil en lugar del helichorro. Por otra parte, este aparato no le resultaba demasiado rentable, debido a que hacía numerosas paradas en su recorrido comercial, aparte de que en su furgoneta podía llevar hasta tonelada y media de sus productos, a fin de poder expedir en el acto un importante pedido si era preciso. Por la misma razón, al salir de Mayhew Crossing tomó por un atajo, con el que esperaba llegar a la vecina población unos minutos antes.

Tres horas más tarde, comprendió que se había equivocado.

Detuvo el coche, sacó un cigarrillo y maldijo al recepcionista del sedicente hotel que le había albergado la noche anterior, quien era el autor de la indicación del atajo para ahorrar tiempo. Estaba en el centro de un profundo valle, circundado por montañas de gran altura, en cuyo centro, a lo lejos, pudo divisar un lago que parecía una lámina de cristal azul.

Después de encender el pitillo, Valthin reanudó la marcha, dándose a todos los diablos. Acababa de divisar en la orilla del lago, entre un grupo de árboles, una cabaña que pareció podría estar habitada. En tal caso, recibiría las suficientes indicaciones como para poder salir de aquella comarca áspera y selvática, que le

pareció desierta por completo.

Pocos minutos después, detenía el coche a treinta metros de la cabaña. Entonces vio algo que le dejó con la boca abierta de par en par.

CAPÍTULO IV

Parecía un submarino flotando a un metro del suelo. En opinión de Valthin tenía unos doce metros de largo, por cuatro de grueso, y en su parte central y superior poseía algo parecido a la torreta de combate de un submarino. Su forma era la de un cilindro, rematado en los extremos por dos semiesferas, de un metal muy liso y pulido, extremadamente brillante.

No se advertían en él aberturas ni escotillas de ninguna dase, ni tampoco se divisaba ningún soporte que lo mantuviese en el aire. Valthin comprendió al instante que se hallaba ante un aparato de una naturaleza secreta. Acaso una nave extraterrestre, se dijo casi de inmediato. Había leído tantos relatos de personas que habían declarado haberse encontrado con naves espaciales venidas de ¡Dios sabía qué extraños mundos del universo!

Con movimientos maquinales, abrió la portezuela del vehículo y saltó al suelo. Llevaba siempre consigo una pistola, desde que, en cierta ocasión, un bandido intentó asaltarle en una carretera solitaria.

Valthin era un tipo decidido, que, sorprendió al forajido y le propinó una tunda de las que hacen época, deteniéndolo hasta que llegó una patrulla de la policía caminera. Desde entonces llevaba la pistola.

Entonces vio algo que aumentó más todavía su estupefacción.

Durante unos instantes, permaneció inmóvil. Luego, de pronto, reaccionó, pero lo hizo de una manera un tanto infantil, como lo habría hecho un chiquillo al encontrarse ante una cosa desconocida, posiblemente peligrosa, teniendo una piedra en la mano. Pero Valthin no tenía una piedra, sino una pistola.

Disparó una vez, dos veces, tres veces… Empezó a sentir miedo

de veras.

No ocurría nada. Los seres continuaban vivos, en pie, sin haber sufrido los efectos de sus disparos. Eran como unas siluetas semitransparentes, que tenían una forma vagamente humana y que se movían con lo que a él le pareció aterradora lentitud.

Le entró un miedo espantoso, un pánico como no había sentido jamás. Aquellos seres tenían que haber muerto. Estaba seguro de no haber fallado un solo disparo.

El pánico le cegó. Dio media vuelta y se precipitó sobre su coche, con ánimo de escapar cuanto antes de aquella horrible situación, Al girar sobre sus talones no se dio cuenta de que uno de los seres empuñaba un objeto parecido a un tubo de brillante metal.

El tubo escupió un pálido dardo de luz. Valthin tenía ya la mano sobre la manija de la portezuela. Creyó que el coche estallaba con una explosión atronadora.

Algo le golpeó en el pecho, le hizo retroceder primero y luego lo derribó de espaldas. Mientras caía, pudo ver que su automóvil, con todo cuanto contenía, se convertía en una rugiente hoguera.

Luego, sus ojos se cerraron y todo cuanto le rodeaba quedó sumido en una intensa negrura.

Pasaron algunos segundos. El coche y su carga se consumían rápidamente, ardiendo de una forma extraña, como si el metal, la goma y el vidrio, además de su contenido, fuesen de leña seca. Luego, Trece-Dos, solícitamente, preguntó:

—¿Está herido, Seis-Cuarenta?

—Sí, pero no creo que sea de gravedad —contestó el comandante de la nave—. Vamos adentro; usted me examinará con más detenimiento.

Los dos seres penetraron en la nave. Una vez allí, adoptaron su forma habitual. Entonces, Trece-Dos pudo divisar los tres orificios que su jefe tenía en el cuerpo y de los cuales manaba el líquido vital en abundancia.

—Restañaré el derrame.

Seis-Cuarenta resistió bien la cura. Pocos minutos más tarde, se hallaba restablecido por completo.

—Nuestra suerte ha sido hallarnos en la dimensión Tres más Cero Cincuenta —dijo—. De habernos hallado en la Dimensión Tres Simple, no lo estaríamos contando ahora.

—Es cierto —convino Trece-Dos, aplicándose un poco de la pomada coagulante en la herida que tenía en su cuerpo. También él había recibido un impacto, pero era de menos importancia que el de su jefe—. Me gustaría poder llegar a la Dimensión Tres Simple.

Uno se sentiría mejor con una forma del todo parecida a la de los terrestres.

—Es imposible —adujo Seis-Cuarenta—. Estallaríamos al poco rato, como estalló el automóvil de nuestro atacante. Los átomos de nuestro cuerpo no soportarían una distorsión tan fuerte. Demasiado hacemos con acercarnos tanto a la Dimensión Tres más Cero Cincuenta. Bien, de todas formas, éste no es problema que ahora nos preocupe. Uno y Tres se reunieron y han desaparecido, después de lograr la anulación de las emisiones de su radiofaro insertado. Los rastros que hemos encontrado indican que utilizaron una envolvente de metal cobre en espiral.

—Así es —admitió Trece-Dos.

—Pero tenemos todavía una posibilidad a nuestro favor —siguió Seis-Cuarenta—. No pueden llevar continuamente esa espiral de cobre en torno al cuerpo. Aparte de la incomodidad que representa, nosotros podemos provocar en el metal una corriente de inducción que, sin duda, les causaría graves trastornos.

—Morirían electrocutados, sin duda alguna.

—Sí. Y eso no nos conviene en absoluto. Por lo que hemos de confiar en la incomodidad como elemento que resuelva a nuestro favor este primer tanto perdido. Ahora, usted descansará y mientras yo comunico las nuevas incidencias al Supremo Ordenador, Veinte-Veintiuno y Veinticinco-Diecinueve, se situarán ante el detector y lo mantendrán en funcionamiento durante todo el tiempo, a fin de localizar a Uno y Tres dondequiera que estén.

—Sí, señor —respondió Trece-Dos, obediente. Luego preguntó—: ¿Qué hacemos del atacante, Seis Cuarenta?

Seis-Cuarenta arrojó un vistazo al exterior, a través de la pantalla de televisión. Jeff Valthin continuaba tendido en el suelo. El fuego del automóvil estaba a punto de extinguirse.

—Dejémoslo —decidió al cabo—. No puede hacernos ya nada. En estos momentos, resulta inofensivo por completo. Aunque. —Seis-Cuarenta se estremeció visiblemente— no me gustaría enfrentarme de nuevo con un arma de efectos tan desagradables.

—Sí —manifestó Trece-Dos, recordando aún con mucho desagrado el inesperado ataque del terrestre—; en verdad que tienen unas armas que no me gustan nada.

* * *

El silencio era absoluto en el cuarto de Rayos X. Después de unos momentos, el doctor Bekker cerró el interruptor y la imagen radioscópica se desvaneció. La luz vino en seguida.

—Ya puede salir, capitán Poniakov —dijo.

Poniakov abandonó su puesto tras la pantalla y tomó la camisa que le tendía su esposa. El doctor hizo girar su taburete y se enfrentó con Cadygan.

—Dime, Rod, ¿cuándo os enterasteis de que llevabais ese aparato insertado bajo la piel?

—Lo sospechamos ayer —respondió el joven. Y explicó las circunstancias en que se había producido el descubrimiento—. Pero ignoramos por qué lo hicieron ellos.

El doctor Bekker se mordió los labios.

—Eso significa que tenéis un determinado valor para los marcianos —comentó.

—Pero ignoramos qué representa ese valor y cuál es su objeto —alegó Cadygan—. Lo que sí es cierto es que nos persiguen y que tanto Poniakov como yo estamos dispuestos a que no nos atrapen. Seis de nuestros compañeros murieron en Marte. No estamos aún en condiciones de afirmar positivamente cuáles fueron las causas de su muerte, pero no me extrañaría nada que se debieran a fallos de la operación quirúrgica que se les efectuó para insertarles el radiofaro, operación que los marcianos, si de veras lo son, fueron practicando en ellos hasta perfeccionarla en Poniakov y en mí.

Volvió los ojos hacia la muchacha.

—Lo siento, Gussie —añadió—. Por eso no quería hablar de lo que pasó allí.

Gussie se mordió los labios un instante. Luego esbozó una tímida sonrisa.

—Comprendo —dijo—. Entonces, ustedes los vieron ya muertos.

—Sí —confesó Cadygan.

—¿No estaban juntos todos?

Cadygan se pasó una mano por la frente.

—Ya he dicho que estuvimos una semana dormidos. Debió de ser en ese plazo cuando ocurrió todo. Ellos… también parecían dormidos; no había la menor señal de herida en sus cuerpos.

—Lo mismo que en el tuyo y en el del capitán Poniakov —intervino el doctor Bekker—. Eso quiere decir que los marcianos utilizan una técnica quirúrgica perfectísima en algunos aspectos, puesto que la epidermis no presenta la menor señal de haber sufrido la acción de un bisturí. Una cicatriz puede desaparecer con los años, sobre todo las procedentes de una intervención de cirugía estética, pero no una como la que debiera aparecer en los torsos de los dos, en la que las señales de la operación, en circunstancias normales, no importa tanto que queden visibles.

—A mí lo que más me preocupa es el detector —gruñó el ruso—. Doctor, ¿cree usted que habrá alguna posibilidad de que nos lo quiten?

Bekker movió la cabeza.

—Yo no me atrevo, francamente. Es un aparato diminuto, casi plano, de unos diez centímetros de lado por uno escaso de grueso, pero he podido darme cuenta de que algunos hilos metálicos están conectados directamente a determinados centros nerviosos que afluyen al cerebro. Mucho me temo que, durante algún tiempo, no tengan otro recurso que llevar la protección de la espiral de cobre para evitar la emisión de ondas que permitan detectar su situación.

Cadygan y Poniakov se miraron.

—Entonces, tendremos que escondernos —dijo el primero—. Al menos, durante una temporada.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó el ruso.

—Yo sé un sitio donde ellos no podrán hallarles —manifestó Gussie.

Cadygan le dirigió una mirada inquisitiva.

—Vamos, hable —gruñó.

—En la granja de mis padres. Está a la suficiente distancia de Branville como para no temer visitas indiscretas —dijo la joven.

—¿Capitán? —consultó Cadygan al ruso.

—Por mi parte, no hay inconveniente —respondió. Poniakov.

—Emil. —Cadygan se dirigió al médico—, ¿podemos contar con tu silencio?

—¿No prefieren quedarse aquí para que les extraigan los radiofaros? —preguntó Bekker.

Cadygan sacudió la cabeza.

—No. Ellos nos siguen la pista de cerca. Quedarnos aquí significaría tanto como caer en sus garras. Tenemos que escondernos una buena temporada, no nos queda otro remedio.

—Pero ésta situación no puede prolongarse indefinidamente —adujo el galeno—. Los aparatos que les insertaron bajo la epidermis emiten ondas que son detectadas por los marcianos. Supongamos que ocurre a la inversa.

—¿Cómo a la inversa? Explíquese, doctor —pidió el ruso.

Bekker volvió la vista hacia Poniakov.

—Imagínese que los marcianos emiten determinadas ondas que ponen en acción una corriente eléctrica de una determinada intensidad, pero incapaz de ser resistida por un organismo humano. ¿Qué ocurriría entonces?

Cadygan levantó el trozo de cable que había llevado hasta entonces alrededor de su tórax.

—Esto —dijo— anula toda emisión.

—Pero no sabemos si hace lo mismo con las emisiones de ellos. ¿Y si utilizan una longitud de onda que traspasa esa protección?

—Si no saben dónde estamos, mal pueden atacarnos —alejó el joven con vehemencia.

Bekker sacudió la cabeza.

—Yo no quiero decir nada más; no deseo que se me tache de aguafiestas. Guardaré silencio, por supuesto, pero a condición de que no ocurra nada excepcionalmente grave que aconseje revelar lo que ocurre a las autoridades.

—De acuerdo —accedió el joven—. Gracias, Emil. Gussie —se dirigió a la chica—, nos iremos en seguida a su granja.

—Antes, sin embargo —intervino el médico de nuevo—, me permitirán hacer una serie de radiografías de cada uno, a fin de tenerlas a punto por si fuese necesario tener que operarles.

—Muy bien, no podemos negarnos. Adelante, Emil.

Media hora más tarde, el doctor Bekker había terminado su labor. Entonces, de modo brusco, Cadygan lanzó un grito:

—¡Capitán Poniakov! ¡Han vuelto a detectarnos!

El ruso se estaba rascando ya la epidermis, en el sitio donde

tenía insertado el radiofaro. Maldiciendo entre dientes, dijo:

—Tenemos que escapar cuanto antes. Vania, pronto, ayúdame a enrollar de nuevo el cable en torno a mi cuerpo.

Bekker se sintió muy preocupado.

—Rod —dijo—, ¿crees que esos seres vendrán aquí?

—Oh, no, en absoluto —respondió el joven en tono lleno de confianza—. Además, no les conviene hacerse visibles ante los terrestres. Puedes estar tranquilo; nadie vendrá a tu hospital con intenciones hostiles.

CAPÍTULO V

Un punto rojo centelleó vivamente en la pantalla captora. A los pocos momentos se convirtió en una brillante línea del mismo color y de idéntica longitud que el diámetro de la pantalla.

Segundos después aparecía una línea igual ante los órganos visuales de Veinticinco-Nueve, observador de guardia en aquellos momentos. Veinticinco-Nueve se sintió muy excitado.

—¡Señal de localización! —exclamó—. ¡Veinte-Veintiuno, despierta en seguida a Seis-Cuarenta!

Mientras su compañero cumplía lo ordenado, Veinticinco-Nueve buscaba el lugar exacto de la fuente de emisión. A los pocos momentos, lo tenía perfectamente localizado.

Entonces llegó el comandante de la nave. Casi en el mismo momento, las dos líneas rojas se apagaron.

—¡Han vuelto a cortar las emisiones! —exclamó Veinticinco-Nueve.

Seis-Cuarenta reflexionó durante unos momentos. A su lado, Trece-Dos, también despierto, y Veinte-Veintiuno, aguardaban expectantes la decisión de su jefe.

—Es indudable —dijo el comandante de la nave— que han descubierto un modo de anular las emisiones del radiofaro. De momento, sin embargo, sabemos cuál es el último punto en que se hallaban. Donde se encuentran todavía, porque no creo que hayan tenido tiempo de escapar muy lejos. Veinticinco-Nueve, diríjase hacia el lugar detectado.

—Sí, señor.

—Pueden escapar de nuevo —apuntó Trece-Dos—. En tal caso, nos veremos en un compromiso por segunda vez.

—Tengo un plan —dijo Seis-Cuarenta—. Tal vez dé resultado. Si

no están allí cuando lleguemos, yo mismo averiguaré dónde han podido marcharse.

Trece-Dos conoció en el acto las intenciones de su comandante.

—Usted no puede hacer una cosa semejante, Seis-Cuarenta —exclamó con gran vehemencia.

Seis-Cuarenta movió la cabeza con gesto triste.

—Soy el responsable de la operación —manifestó— y debo llevarla a cabo, cualesquiera que sean las consecuencias que puedan ocurrirme. Mi persona no tiene importancia alguna, Trece-Dos. Si algo me ocurriese, usted tomaría el mando de la nave y de la operación, hasta llevar a ambas a buen término.

—Sí, señor —contestó Trece-Dos.

Era la orden de un superior y no se podía desobedecer bajo ningún motivo.

Pero también sabía que si Seis-Cuarenta llevaba a cabo su idea, moriría sin remisión. Y ni él ni ninguno de sus dos compañeros podrían evitarlo.

* * *

La historia que Jeff Valthin contó a los policías de la patrulla de carretera parecía digna de la mente de un loco. Los policías atendieron a Valthin con toda solicitud y procuraron calmar la terrible excitación que le poseía. Además, Valthin estaba agotado por las largas horas de caminata a través de la montaña, por caminos que no conocía y, por si fuese poco, tenía las ropas casi destrozadas y numerosos rasguños en diferentes partes del cuerpo. Verdaderamente, estaba hecho una lástima.

El jefe de la patrulla le dio café de un termo que llevaba y luego procuró calmarle, a fin de que hiciera un relato de lo que le había sucedido. Valthin habló con voz entrecortada y, al fin, se derrumbó en el asiento posterior del coche, presa de una gran postración, que llegó a asustar a los dos agentes.

—Vamos a llevarle al hospital más próximo —dijo el jefe de la patrulla—. Mientras tanto, yo hablaré con el helichorro más cercano, a fin de que echen un vistazo a la cabaña del lago.

Valthin parecía ajeno a cuanto le rodeaba, El otro policía dijo:

—Es la historia más absurda que he oído en los días de mi vida,

Jim.

—Lo sé Bat —contestó el jefe de la patrulla—. Pero debemos investigar. Lo más probable es que haya sufrido un accidente y que el «*shock*» le haya hecho ver cosas que sólo existen en su imaginación. Anda, pon el coche en marcha, mientras yo llamo a Feary, que me parece es el que más cerca anda de nosotros.

—De acuerdo.

El coche partió a toda velocidad, haciendo aullar su sirena para apartar a los vehículos de su camino. Mientras tanto, Jim Oak entabló contacto con el helichorro de vigilancia del tránsito.

—Bob, habla Jim Oak —dijo—. Tenemos un tipo que dice haber sido atacado por unos marcianos… Oye, no te eches a reír —se previno el policía—; sólo repito lo que él dice. Me imagino que se debió pegar la gran torta con su auto y que éste se le incendió. Comprueba su historia únicamente…, me refiero a lo del accidente, no al ataque con pistolas desintegrantes, ¿entendido?

—O. K., Jim —contestó Bob Feary, piloto del helichorro—. Dime el lugar e investigaremos en el acto.

—Según me ha parecido deducir, el accidente se ha producido a orillas del lago White Wind. Nosotros nos dirigimos al hospital central de Mayhew Crossing.

—Entendido. Hasta luego, Jim.

—No dejes de avisarme en seguida de lo que averigües, Bob. Hasta luego —y cortó la comunicación.

El helichorro de la patrulla aérea llegó a la cabaña veinte minutos más tarde. Mientras maniobraba para tomar tierra, Bob Feary meneó la cabeza.

—Desde luego, los hay locos de remate —gruñó entre dientes—. ¿A ti qué te parece, Ray? —preguntó a su pareja.

—Te lo diré cuando haya averiguado qué diablos es esa mancha negra que estoy viendo desde aquí, Bob —contestó Ray McArdle, el otro policía de la patrulla aérea.

El helichorro tomó tierra y los dos agentes saltaron de inmediato. Corrieron unos pasos y se detuvieron ante una gran mancha negra, de unos tres metros de anchura por cinco o seis de longitud, que destacaba claramente del terreno circundante.

Feary y McArdle guardaron silencio durante unos, momentos.

—Aquí ha ardido algo —dijo el primero—. Pero no parece que

haya sido ningún automóvil.

—La mancha negra corresponde, aproximadamente, a las dimensiones de una furgoneta comercial —exclamó McArdle—. ¡Mira, Bob!

McArdle se inclinó y tomó del suelo un objeto que despedía vivos destellos.

—Juraría que es un diamante en bruto —dijo.

Feary se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza, bastante preocupado por lo que estaba contemplando.

—Esto no me gusta —dijo, impresionado a su pesar—. Sí, parece un diamante, pero yo diría que es más bien un trozo de tierra vitrificada, por haber sido sometida a la acción de una temperatura elevadísima. Pero un automóvil, al arder, no desarrolla esa clase de temperatura y, además, deja una serie de rastros inconfundibles. En primer lugar, queda todo lo metálico y…

Miró en tomo suyo, sintiendo extrañas aprensiones.

—Llamaré a la Jefatura Central —resolvió al cabo—. Esto no es cosa que ocurra todos los días, Ray.

McArdle hizo saltar el trozo de vidrio en la palma de su mano.

—¡A que va a resultar cierta la historia de los marcianos! —dijo.

* * *

Los dos helichorros tomaron tierra en el patio posterior de la granja. Sus ocupantes los abandonaron de inmediato.

—Vengan —dijo Gussie—, les indicaré sus habitaciones.

Cadygan miró en torno suyo.

—No veo que haya nadie —dijo.

—Mis padres sólo vienen los fines de semana —contestó la muchacha—. Por el día tenemos empleado un peón, que vigila la labor de las máquinas que realizan las distintas tareas de la granja. Puesto que ahora estamos nosotros, le avisaré que no venga en unos cuantos días.

Cadygan se tocó el pecho en un gesto maquinal.

—Hasta que nos descubran ellos —murmuró con voz sombría.

Y siguió a la muchacha, la cual caminaba ya hacia la casa.

Anochecía. Gussie encendió las luces. El edificio era cómodo y con la suficiente amplitud para no crear problemas de espacio.

Gussie enseñó sus habitaciones respectivas a sus huéspedes.

—Pueden asearse —dijo—. Dentro de media hora tendrán lista la cena.

Y se disponía a retirarse, cuando Cadygan hizo un gesto de que se detuviera.

—¿Qué piensa hacer con su reportaje? —preguntó mirándola con fijeza.

Gussie no se inmutó.

—Primero quiero saber todo lo que ocurrió en Marte —contestó —. Después…, bien, según lo que averigüe, publicaré o no la información.

—Es una buena idea —comentó Cadygan sonriendo—. Gracias, Gussie.

—No hay de qué —contestó ella también con una sonrisa.

Treinta minutos más tarde, los cuatro se reunieron en el comedor. Gussie había preparado una cena rápida, que fue consumida con buen apetito, pese a las preocupaciones que les embargaban.

—¿Qué haremos si nos descubren por segunda vez? —preguntó Poniakov al terminar de cenar—. Es evidente que no podemos seguir huyendo siempre, Rod.

Cadygan se frotó la mandíbula con gesto dubitativo.

—No lo sé —contestó al cabo—. Dejaremos pasar unos días, a ver en qué para todo. ¿Cómo le encontraron a usted, capitán? Bueno, ya me imagino que por medio de ese radiofaro, pero no nos ha dicho todavía lo que ocurrió. ¿Habló con ellos?

—Sí. Hablé con Seis-Cuarenta…

—¿Seis-Cuarenta? —repitió Gussie, extrañadísima.

Poniakov volvió los ojos hacia la joven.

—Es la traducción más aproximada de sus nombres —contestó —. Usan cifras para distinguirse unos de otros. Seis-Cuarenta es uno de sus jefes, señorita Aubrey.

—Llámeme Gussie, capitán —dijo ella—. ¿Y qué más?

—Seis-Cuarenta manifestó que Rod y yo debíamos acompañarles a Marte. Me negué a ello de modo rotundo. Entonces, Seis-Cuarenta declaró que me daba veinticuatro horas de tiempo para que reflexionase. Cuando se marchó escapé, ayudado por Vania. Eso es todo.

—¿No le dijo para qué quería que le acompañásemos a Marte? —preguntó el joven.

Poniakov sacudió la cabeza.

—No. Aunque, de todas formas, me imagino de sobra cuáles son sus intenciones.

—Sí. —Cadygan apretó los dientes—. Yo también me lo figuro.

Vania se apretó contra su esposo.

—No permitiré que Jan vuelva a aquel maldito planeta —exclamó, estremeciéndose de miedo.

—Rod, ¿por qué no se explica de una vez? —pidió Gussie—. Están hablando en enigma y yo soy muy torpe para las adivinanzas.

—No es posible asegurarlo, aunque el riesgo de error es mínimo —respondió Cadygan—. El capitán Poniakov y yo suponemos que ellos desean hacer nuevos experimentos con nosotros.

—¿Y para qué?

—Lo ignoro en concepto, si bien supongo que, al haber trabajado ya en nosotros, valga la expresión, disponen de unos sujetos experimentales de los cuales conocen ya todos sus detalles orgánicos y anatómicos.

—Y volver a empezar con un terrestre cualquiera —añadió el ruso— les representaría un grave inconveniente. Seis de los nuestros murieron a causa de sus experimentos; nosotros sobrevivimos y, por decirlo así, representamos una especie de valioso tesoro de conocimientos para ellos, tesoro que es obvio no quieren desaprovechar.

—¿Significa eso que si los marcianos —suponiendo que lo sean— les atrapan, insertarán nuevos aparatos en el interior de su cuerpo? —exclamó Gussie aterrorizada.

—El capitán y yo, así lo suponemos —confirmó Cadygan.

Gussie le miró con ojos dilatados por el asombro y el miedo.

—Entonces… acabarían convirtiéndoles en unos seres que obedecerían sus órdenes sin dilación.

—Muy posible —convino el joven—. Y una vez realizados todos sus experimentos con nosotros, ¿quién nos garantiza que no extenderían el campo de sus actividades a un mayor número de personas?

—Rod —dijo la muchacha—, lo que he oído, ¿significa que estamos en vísperas de un ataque al planeta por parte de los

marcianos?

El joven crispó sus manos con gesto desesperado.

—No lo sé —respondió—. Hablando con franqueza, y creo que el capitán Poniakov es también de mi opinión, no es posible decir con claridad cuáles son las intenciones de aquellos seres, salvo lo que ya sabemos: desean llevarnos a Marte con ellos.

—Y tanto Rod como yo —declaró Poniakov con firmeza— haremos todo lo imposible para evitar que consigan su propósito. Jamás volveré a Marte…, al menos con vida —concluyó.

Vania Poniakov rompió a llorar de pronto y escondió la cabeza en el pecho de su esposo. La sombra de un siniestro augurio pareció descender de pronto sobre la habitación.

CAPÍTULO VI

El hombre que entró en el hospital, con una pequeña caja pendiente del hombro por una correa, parecía caminar con ciertas dificultades, como si le apretasen sus zapatos o tuviese artritis en las piernas. Miraba con los ojos muy abiertos a todos los lados, sin pestañear, y con alguna frecuencia, abría y cerraba la boca, como si también le costase trabajo respirar.

Pasó por delante de la recepción, pero no pudo dar más allá de tres o cuatro pasos; la voz de la enfermera recepcionista le detuvo en seco.

—¡Señor! ¿Adónde va usted, por favor?

Seis-Cuarenta volvió sobre sus pasos. Hizo una mueca que quería ser una sonrisa. La enfermera recepcionista no supo traducirla debidamente; en realidad era la expresión de un dolor inenarrable.

—Estoy buscando a unos amigos míos que han estado aquí —manifestó con voz gruesa y torpe.

—¿Puede decirme sus nombres? Tal vez yo sepa dónde están —ofreció la enfermera obsequiosamente.

—Uno de ellos se llama Rod Cadygan —respondió Seis-Cuarenta.

—Un momento, por favor —rogó la enfermera. Empezó a pasar las hojas de su libro—. Lo siento, señor; no figura ningún Rod Cadygan entre los nombres de las personas ingresadas en este hospital.

—¡Pero él ha estado aquí! ¡Yo lo sé muy cierto! —exclamó Seis-Cuarenta con cierta vehemencia.

—Registramos puntualmente todas las altas y bajas, señor —se excusó la enfermera—. A menos que haya ingresado con otro nombre… —Pasaba una compañera suya por allí y la detuvo—. Jenny, ¿has oído tú el nombre de Rod Cadygan como paciente del

hospital?

Jenny reflexionó unos segundos.

—Espera un poco, Susie. Quizás el doctor Bekker: sepa algo. Lo vi ayer con dos parejas que estuvieron a visitarle. Sé que el doctor Bekker empleó el aparato de rayos X con dos hombres, aunque no puedo decir más, excepto que oí pronunciar el nombre de Rod, dirigiéndose a uno de ellos. Eso es todo, Susie —concluyó Jenny con una sonrisa.

—Suficiente —contestó la enfermera recepcionista—. Muchas gracias, Jenny. Señor —se dirigió a Seis-Cuarenta—, el doctor Bekker está en el primer piso, letra C.

—Muchas gracias —dijo Seis-Cuarenta.

Y se dirigió hacia la escalera mecánica, que le llevó al piso inmediato en pocos momentos.

Sentía unos dolores inenarrables. La tensión atómica de su cuerpo alcanzaba ya límites extremos. No sabía cuánto más tiempo podría resistir; segundos, algunos minutos quizá…, muy poco tiempo…, muy poco tiempo. Era un esfuerzo brutal el que había de realizar para mantenerse en la apariencia de un ser del Tercer Planeta. No sólo era la concentración de sus átomos, sino también la distorsión a que estaban sometidos lo que le provocaba aquellas terribles sensaciones que le hacían vivir sus últimos momentos en una agonía indescriptible. Y, por si fuera poco, el tormento de los ruidos…, era aún casi peor que el dolor producido por el fenomenal esfuerzo del aumento de tensión interna.

Encontró la puerta C y tocó en ella con los nudillos. El gesto le costó un ramalazo de dolor que le hizo verlo todo negro. ¿Cuántos segundos, minutos más, resistiría?

—¡Adelante! —dijo una voz.

Seis-Cuarenta cruzó el umbral y avanzó hacia el hombre vestido de blanco que escribía algo sobre una cuartilla.

—¿Doctor Bekker?

—Sí, señor… —contestó el galeno, mirando al recién llegado. Sudaba en abundancia y ello le alarmó—. ¿Se siente mal? —preguntó, levantándose en seguida.

—No…, no; hace mucho calor —dijo Seis-Cuarenta de forma evasiva—. Perdone, doctor Bekker; estoy buscando a un amigo mío llamado Rod Cadygan, que estuvo ayer aquí visitándole a usted.

¿Puede decirme dónde se encuentra ahora?

Bekker miró con suspicacia a su visitante. Nadie sino él sabía que Cadygan había estado en el hospital. Ni siquiera había registrado la visita que le había hecho su amigo, en unión del ruso y de las dos mujeres.

—¿Es usted agente de algún organismo oficial? —preguntó. Y añadió—: Por favor, aún no sé su nombre.

—Smith —contestó Seis-Cuarenta—. No, no soy agente de ningún organismo oficial. Sólo un buen amigo de Rod Cadygan. Deseo verle…

Bekker recordó en el acto todo lo que le había contado Cadygan. Si Smith era un particular, si no pertenecía a ninguna oficina del gobierno, entonces sólo podía ser una cosa: marciano.

El médico dominó su nerviosismo tras una gentil sonrisa.

—Me parece que no se encuentra bien —dijo—. Traeré algo para aliviarle…

—¡No, estoy bien! —dijo Seis-Cuarenta casi a gritos—. Lo único que quiero saber es dónde está Cadygan en estos momentos.

—Lamento mucho no poder suministrarle esa información, señor Smith —contestó el médico en tono resuelto—. Mi amigo me dijo que deseaba que su paradero permaneciese en secreto.

Seis-Cuarenta reflexionó durante una fracción de segundo. Ya le quedaba muy poco tiempo. Acaso un par de minutos tan sólo.

Levantó la mano derecha y la movió a modo de péndulo, de derecha a izquierda y viceversa, tres o cuatro veces. Bekker se quedó rígido, inmóvil como una estatua.

—Te ordeno que me digas en el acto dónde se encuentra Rod Cadygan.

—Una granja… al oeste de Branville…

El dolor aumentó de pronto de manera inenarrable. Seis-Cuarenta giró sobre sus talones y echó a correr. Bekker quedó liberado al instante del estado de sugestión hipnótica en que había caído y miró sorprendido en torno suyo.

Lanzó una maldición. El extraño individuo le había sacado la información que quería mantener en secreto.

Lanzóse hacia la puerta.

—¡Alto, deténgase! —gritó, llamando la atención de un par de enfermeras que cruzaban por el pasillo en aquellos instantes.

Seis-Cuarenta, naturalmente, no se detuvo. Alcanzó la escalera y empezó a bajarla a grandes saltos. Mientras lo hacía, tuvo la suficiente presencia de ánimo para acercar su boca a la caja que llevaba pendiente del hombro:

—Granja… oeste de… Branville… Es… todo… Adiós, Trece-Dos…

El doctor Bekker se lanzó en persecución del extraño.

—¡Párenlo! —gritaba—. ¡Detengan a ese hombre!

Un robusto enfermero se plantó en el camino de Seis-Cuarenta, pero fue arrojado a un lado con una violencia tremenda, cuando Seis-Cuarenta le propinó un formidable empujón con el hombro. El enfermero rodó por el suelo, aullando de dolor.

Bekker siguió corriendo. El extraño alcanzaba ya la puerta de salida.

—¡Deténgase, maldita sea! —vociferó Bekker, fuera de sí.

Seis-Cuarenta atravesó el umbral, atropellando a todo el que se cruzaba en su camino. ¡Si supieran cuáles eran sus verdaderas intenciones! ¡No quería hacerles daño!

Llegó a la explanada que había frente a la fachada del hospital. Siguió corriendo. Bekker salía por la puerta en aquel instante.

El médico se dio cuenta de que ya no lo alcanzaría. Miró desesperado a todos los lados. De pronto vio una pareja de policías parados al pie de su coche patrulla.

—¡Detengan a ese hombre! —gritó—. ¡Es un loco y se ha escapado!

Los policías reaccionaron en el acto. Uno de ellos sacó su revólver.

—¡Tírale a las piernas! ¡Lo quiero vivo! —bramó Bekker.

Seis-Cuarenta sintió un pavoroso aumento de su tensión interna. Ya no podía resistirlo más. Pero, al menos, estaba en zona un tanto despejada.

—Adiós, Trece-Dos… —se despidió, en el mismo momento en que el policía apretaba el gatillo de su revólver.

Brilló un tremendo fogonazo y se oyó una espantosa detonación. Muchos de los cristales del hospital saltaron hechos trizas.

Seis-Cuarenta desapareció por completo, como si jamás hubiera existido. Algunas de las personas que estaban en la explanada rodaron por tierra, a consecuencia de la brutal presión de la onda

explosiva.

Sentado en el suelo, el policía que había disparado miró su revólver con aire estupefacto. ¿Era posible que un simple disparo hubiese podido producir unos resultados tan espantosos?

Bekker se levantó penosamente, contemplando, con aire atónito, la mancha negruzca que había quedado sobre el cemento del suelo en el lugar donde se había producido la explosión. ¿Qué había sucedido? ¿Acaso el marciano llevaba una bomba de gran potencia en la caja que transportaba pendiente del hombro?

Los gritos y las voces de alarma eran continuos. Limpiándose maquinalmente la sangre que corría por su mejilla, a causa del corte causado por un vidrio, Bekker regresó al interior del hospital, en el que reinaba una tremenda confusión después del fenomenal estallido. Era preciso atender a los posibles heridos…, y también había que avisar a Rod Cadygan de lo sucedido. Pero no se atrevió a manifestar la verdadera identidad de su visitante, temeroso de ser tachado de loco.

* * *

Cyrus Barnfield era uno de los directores de la Comisión del Espacio. A su lado estaba Víctor Igorov, otro miembro de la dicha Comisión. Los dos habían escuchado con toda atención el relato que Jeff Valthin había hecho de sus desventuras.

Cuando terminó, Barnfield e Igorov salieron de la habitación en donde se encontraba Valthin, en unión del doctor Lyers, director del hospital de Mayhew Crossing.

—Doctor —preguntó Barnfield—, ¿cuál es su opinión acerca del paciente?

—No respondo de la veracidad de sus declaraciones —declaró el galeno—. Sin embargo, me ha parecido mentalmente sano…, hasta el momento del incidente que ha relatado. Es posible que ello haya afectado a su cerebro, haciéndole ver algo que no existe sino en su imaginación, pero, en todo caso, me figuro, es una cosa accidental, no permanente. Dentro de unos días, habrá vuelto a la normalidad. Entonces será cosa de verificar debidamente sus declaraciones con las que ha hecho ahora.

Barnfield consultó con la vista a Igorov. El ruso movió la cabeza.

—Ha dicho que su furgoneta ardió con cuanto contenía y que no quedó el menor rastro de la misma —murmuró Igorov—. Físicamente, esto es imposible, para nosotros, los terrestres, pero no sabemos qué pueden hacer en dicho sentido seres de otro mundo.

—Yo no creo que existan los marcianos —gruñó Barnfield—. De todas formas, hemos de esperar a…

Dos hombres llegaron en aquel momento. Uno de ellos traía pendiente del hombro una pesada cámara fotográfica.

—Señor Barnfield —dijo uno de ellos.

—¿Sí, Roberts?

—Acabamos de regresar del lugar donde ardió el coche de Valthin.

—¿Y…? —preguntó Igorov, lleno de impaciencia.

—Hay una gran mancha en el suelo, de color negruzco, cuyas dimensiones corresponden a las de la furgoneta de Valthin. Allí ha ardido algo, es evidente, aunque no estamos en condiciones de afirmar que sea el automóvil indicado.

—Sin embargo —añadió su compañero—, lo cierto es que se han producido temperaturas altísimas. Parte de la tierra del suelo está vitrificada, lo cual corrobora lo que acabo de decir.

Barnfield e Igorov se miraron.

—Tal vez Valthin tenga razón —murmuró el primero.

—Caballeros —dijo el médico—, ¿creen ustedes de verdad en los pretendidos marcianos que tan bien nos ha descrito mi paciente?

Barnfield se encogió de hombros.

—Doctor, hoy día estoy dispuesto a creer todo cuanto se me diga en relación con asuntos espaciales —manifestó.

—Además —dijo Roberts—, hemos averiguado algo que tal vez les interese a ustedes.

—Hable, Roberts —pidió Igorov.

—La explosión se produjo a unos treinta metros de una cabaña, situada a orillas del lago White Wind. La cabaña y los terrenos pertenecen a Rodney Cadygan, quien, como ustedes saben, era tercer oficial a bordo de la «Rusamer».

—La cabaña estaba desierta —añadió el otro investigador, antes de que Barnfield e Igorov se hubiesen recobrado de la sorpresa recibida—. Sin embargo, un examen atento de su interior nos ha permitido averiguar que ha estado habitada hasta hace muy pocos

días.

Barnfield se pellizcó el labio inferior con gesto pensativo.

—¿Tendrá Cadygan algo que ver con el incendio del coche de Valthin? —murmuró.

—Es más que probable —añadió Igorov—. Sobre todo, si tenemos en cuenta de que el capitán de la «Rusamer», Poniakov, desapareció días atrás. En opinión de nuestros agentes de investigación, Poniakov debe hallarse junto a Cadygan. ¿Qué diablos pretenden esos dos hombres, colega?

Barnfield apretó los labios.

—Cadygan se mostró siempre muy reticente al declarar lo que había sucedido en Marte. Es posible que lo que haya ocurrido ahora tenga alguna relación con lo que pasó entonces; pero si Cadygan y Poniakov están relacionados con ello y no han dicho todo lo que sabían, les aseguro a ustedes que lo lamentarán durante todos los días de su existencia.

CAPÍTULO VII

El timbre del teléfono sonó con insistencia en la planta baja de la granja. Bostezando a boca abierta y maldiciendo al importuno que llamaba a horas tan intempestivas, Rod Cadygan saltó de la cama, metió los pies en las zapatillas y se puso la bata.

Descendió las escaleras. Cuando llegaba a la planta, Gussie asomó por la barandilla del corredor.

—Vuélvase a la cama —aconsejó Cadygan—. Ya contestaré yo a la llamada.

—Esperaré —dijo ella—. No es habitual que mis padres usen el teléfono a horas tan intempestivas.

El timbre continuaba sonando. Era un aparato telefónico de tipo antiguo; aún no se había instalado el de pantalla, que permitía ver al comunicante, al mismo: tiempo que se hablaba con él.

Cadygan levantó el aparato.

—Granja Metcalfe —dijo.

—Soy Emil Bekker —sonó una voz ansiosa al otro lado del hilo. Y casi en el acto, una exclamación de alivio—: ¡Gracias a Dios que te encuentro, Rod!

El cuerpo de Cadygan se puso rígido en el acto.

—¿Qué ocurre ahora, Emil? —preguntó.

Gussie oyó el nombre del galeno y echó a correr escaleras abajo.

—Escucha —manifestó Bekker—, tenéis que escapar de ahí. Los…, bueno, ésos, tú ya me entiendes, os han localizado.

—¡Maldición! —juró el joven, sin poder contenerse—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Se lo dije yo mismo, Rod, pero no me eches la culpa. El…, sujeto que vino a verme, forzó mi voluntad. Durante unos segundos, me tuvo sumido en trance hipnótico. ¿Pueden hacer esos seres algo

semejante?

—Supongo que sí, puesto que a ti te ha ocurrido —rezongó Cadygan de mal talante—. Pero, oye, has dicho que le viste.

—Sí. Tenía aspecto corriente, como un terrestre cualquiera. Incluso dijo llamarse Smith.

—¡Smith, un cuerno! —barbotó Cadygan, exasperado—. ¡Su nombre es Seis-Cuarenta! ¿Qué más hizo, Emil?

—Inmediatamente echó a correr. Entonces, yo quedé liberado de su poder hipnótico y le perseguí. Consiguió salir fuera del hospital. Había un par de policías de la patrulla, como siempre. Ordené a uno de ellos que le tirase a las piernas. El policía disparó y Smith… Seis-Cuarenta explotó como una bomba. Calculo que el proyectil debió de alcanzarle en una caja que llevaba pendiente del hombro y que, seguramente, contenía un explosivo destinado a matarte. Lo más raro del caso es que no ha quedado el menor rastro de Seis-Cuarenta ni de la caja que llevaba; sólo una mancha negruzca sobre el cemento…, y muchos cristales rotos.

—Emil, estás equivocado —contestó Cadygan—. La caja no contenía ningún explosivo. Fue el propio Seis-Cuarenta quien estalló.

—¡Eh! —Bekker respingó—. Rod, no digas tonterías. Un hombre no puede…

—¿Era un hombre Seis-Cuarenta? —exclamó Cadygan en tono sarcástico—. Mira, esos tipos no son como nosotros. Para tomar el aspecto de siluetas semitransparentes tienen que forzar los átomos que componen sus organismos y someterlos a una tensión enorme, a la vez que los distorsionan, si esta palabra puede aplicarse correctamente a su caso. Es obvio, pues, que si se presentó ante ti bajo el aspecto de un terrestre corriente, su tensión atómica aumentó hasta límites increíbles, por lo que llegó un momento en que los átomos de su cuerpo no pudieron resistir tanta tensión y explotaron.

Bekker trató de digerir las explicaciones de su amigo.

—Entonces, si lo que vimos y oímos fue una explosión atómica, el hospital y aun la ciudad debieron haber quedado arrasados —dijo.

—Quizá lo más correcto sería decir que fue una explosión subatómica. Pero no te quepa la menor duda de que la caja no

contenía ningún explosivo. Lo más seguro es que se tratase de un aparato de transmisión.

—¿Una emisora portátil?

—Sí.

—Entonces, tuvo tiempo de decir a sus compañeros dónde estáis.

—Eso es lo que me supongo.

—¿Que haréis, entonces? ¿No hay manera de combatirlos?

—No, por ahora, que yo sepa —respondió el joven—. De todas formas, ése es nuestro problema y no el tuyo. Gracias por el aviso, Emil.

—Espera —gritó el médico, comprendiendo que Cadygan quería despedirse—. ¿Qué hago yo? ¿Cómo explico satisfactoriamente lo ocurrido?

—¿Te creerían si dijeras que Smith era un marciano?

Hubo una pausa de silencio.

—Seguro que no —respondió Bekker al cabo.

—Entonces, deja que se queden con la explicación de que la caja contenía un explosivo y no te preocupes de más. Nosotros haremos el resto.

—Me gustaría saber en qué consiste «el resto» —dijo Bekker en tono plañidero.

—También a mí —gruñó Cadygan—. Gracias otra vez, y ¡adiós!

Colgó el teléfono y se volvió hacia Gussie.

—«Ellos» saben ahora dónde estamos —informó.

La cara de Gussie estaba blanca como la nieve.

—¿Qué haremos ahora? Pueden venir aquí en cualquier momento —dijo, algo asustada.

Cadygan consultó el reloj de péndulo que había en un lado de la estancia.

—Son las cinco y media de la mañana —dijo—. Han pasado casi doce horas desde que ocurrió la explosión de Seis-Cuarenta. Sus amigos han tenido tiempo más que suficiente de llegar aquí y sorprendemos. Si no lo han hecho, obedece a que habrán solicitado instrucciones o que están elaborando un plan para atraparnos sin dificultades. Tenemos que hacer algo, en efecto, y pronto, aunque no se me ocurre ninguna solución viable por el momento.

—Disponemos de dos helichorros. Podemos escapar. Nadie sabrá ya dónde nos escondemos —sugirió ella.

—Me fastidia jugar al escondite —gruñó Cadygan—. Lo mejor sería solucionar este maldito asunto de una vez.

—¿Y cómo?

Cadygan se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez después del desayuno se me haya ocurrido algo. O al capitán Poniakov. Voy a despertarlos —decidió de pronto —. Si no encontramos otra solución, en efecto, tendremos que salir de estampida y, en tal caso, conviene que lo hagamos cuanto antes.

La grisácea luz del alba penetró por las ventanas cuando los cuatro se sentaban a la mesa para desayunar, con el semblante oscurecido por la información del médico. Poniakov, en efecto, se mostró partidario de acabar cuanto antes con el problema.

—Si, pero ¿cómo? —exclamó Vania, llena de congoja.

Hubo una pausa de silencio. Cadygan se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación. La luz del día aumentaba cada vez más.

Divisó un aparato de radio sobre una consola. Maquinalmente, tocó el interruptor y el suave sonido de una canción dulzona penetró al instante en el comedor.

—Quizás están ahora sobre nosotros, vigilándonos —sugirió Gussie con voz temblorosa—. ¿Pueden vernos sin ser vistos?

—Por lo menos, sé que sus naves son indetectables —contestó Poniakov—. Tuvimos sobradas ocasiones de comprobarlo en Marte.

—¿Invisibles también?

—Nosotros las vimos. A ellos, no, mientras no lo deseaban. Y no se hacían visibles con mucha frecuencia —añadió Poniakov—. Decían que ello les causaba unos dolores insufribles. Incluso el sonido de nuestras voces les hacía padecer de un modo horrible.

—Entonces, no se les puede combatir a tiros —dijo Vania.

—No creo que las armas de fuego resolvieran nada. Según dijeron, viven en otra dimensión distinta a la nuestra. Cuando se nos aparecían en forma de siluetas semitransparentes, tal como figuran en las fotografías tomadas por Brian, su hermano, se hallaban en una dimensión próxima a la nuestra, que es la tercera, pero tampoco la suya.

—Más bien una dimensión intermedia —sugirió Gussie.

—Exactamente. Como si dijéramos la dimensión tres coma cincuenta.

—Tres y medio —murmuró Gussie.

La música se interrumpió de pronto. Un locutor empezó a hablar.

—Damas y caballeros, vamos a facilitar el primer boletín de noticias del nuevo día. La más interesante de todas ellas se refiere a la próxima partida de tres astronaves hacia Marte, partida que ocurrirá, si todo va bien, dentro de cuarenta y ocho horas…

Cadygan lanzó un agudo grito que sobresaltó a todos los presentes.

—¡Ya lo tengo! —Sus ojos brillaban de un modo singular.

—¿Qué es lo que tiene, Rod? —preguntó Poniakov, poniéndose en pie, alarmado.

La mano del joven señaló hacia el aparato de radio.

—La solución —respondió—. Aquí, en la Tierra, no podemos encontrarla por más que nos esforcemos en ello.

—Sería mejor que se explicase, Rod —pidió Gussie.

Cadygan volvió los ojos hacia el ruso.

—Usted prometió no volver jamás a Marte, pero ¿lo haría si con ello terminase de una vez con esta situación que sólo peligros puede representar para nosotros dos?

Poniakov comprendió las intenciones del joven.

—¿Pretende que nos apoderemos de una nave y volemos hacia Marte, Rod?

—Eso mismo, capitán.

Poniakov dudó unos momentos. Luego miró a su esposa.

—¿Vania?

La joven rusa se apretujó contra su marido.

—No quiero separarme de ti —dijo la mujer—. Lo que sea de ti será de mí.

—Yo no me quedo en tierra —declaró Gussie con voz firme—. El problema, sin embargo, consiste en saber si esa nave podrá orbitar sólo con dos tripulantes, ya que Vania como yo quedaremos reducidas al papel de simples pasajeras.

—Ese problema está resuelto —declaró Cadygan—. Los momentos más difíciles son los del despegue y el aterrizaje. Una vez hayamos zarpado, bastará con programar una órbita para que el vuelo sea automático hasta la zona de influencia gravitatoria de Marte. Nuestra principal dificultad estriba en cómo apoderarnos de una de las astronaves.

Poniakov se frotó la mandíbula.

—No creo que ahora sea tan difícil. Hace treinta años, todos los polígonos de lanzamiento de naves espaciales estaban muy vigilados, a causa de la desconfianza existente entre nuestras dos naciones. La cosa ha variado desde entonces y la vigilancia actual consiste, principalmente, en evitar que se acerque demasiado algún curioso entrometido. Pero cualquiera puede situarse a menos de dos o tres mil metros de la nave sin demasiadas dificultades. Rod, ¿cree que conseguiremos salvar esos pocos kilómetros?

—Al menos, lo intentaremos —respondió el joven—. Y cuanto antes, mejor. Cada minuto que perdemos en la Tierra, es un minuto en contra nuestra.

—Entonces, no se hable más —finalizó Gussie—. ¡A preparar la marcha! ¡Marte! —gritó con buen humor, para disipar la tensión existente—, espéranos; ¡vamos a ti!

CAPÍTULO VIII

La pantalla reflejaba la imagen de la granja con toda perfección.

—Uno y Tres continúan todavía en el interior de la casa —informó Veinte-Veintiuno cuando Trece-Dos se acercó al cuadro de instrumentos.

Trece-Dos permaneció en silencio durante algunos minutos.

—¿No vamos a por ellos? —preguntó Veinte-Veintiuno.

—No. Éste no es el momento más adecuado —contestó Trece-Dos.

Estaba pensando en Seis-Cuarenta, a quien había considerado siempre como su maestro. El recuerdo del sacrificio de Seis-Cuarenta le producía incluso dolor físico, pero no por eludir tal sensación dejaba de olvidar al ser que había sabido dar su vida por el cumplimiento de la misión asignada.

—Pueden escapar —apuntó Veinticinco-Nueve.

—Les seguiremos a todas partes. Sólo en el momento oportuno actuaremos contra ellos.

—Las noticias dicen que tres astronaves están a punto de zarpar hacia el Cuarto Planeta —dijo Veinte-Veintiuno—. ¿Qué haremos cuando llegue allí tanta gente?

—Todo depende del comportamiento de Uno y Tres —respondió Trece-Dos—. Esperemos. Y confiemos.

Pasó un largo rato. El recuerdo de la espantosa muerte de su maestro, constituía una obsesión para Trece-Dos. «Debo ser digno de él», pensaba una y otra vez.

Tenía localizados a Uno y Tres. Por el momento, sin embargo, les convenía más estudiar sus reacciones que atraparlos. Trece-Dos recordaba con desagrado los contactos anteriores y se estremecía cada vez que recordaba el atronador ruido que hacían aquellos seres

sólo con hablar. Era un sufrimiento inenarrable, que sólo podía superarse a fuerza de heroísmo y bajo la acción del pensamiento de que tales contactos no sólo eran inevitables, sino aun necesarios.

De pronto, Veinte-Veintiuno lanzó una exclamación.

—¡Ahí están!

Trece-Dos fijó la vista en la pantalla. Cuatro figuras humanas salían de la casa en aquellos momentos.

—Van acompañados de sus hembras —dijo Veinticinco-Nueve—. Cuando estuvieron en el Cuarto Planeta no las tenían.

—Quizá es que el viaje allí no resulta conveniente para ellas — opinó Veinticinco-Nueve.

—No. Una hembra puede resistir el viaje y la estancia en el Cuarto Planeta lo mismo que un varón. Ése no es obstáculo — añadió Trece-Dos—. Lo más probable es que no las conociesen entonces, aunque esto carece de importancia por el momento.

—¿Las dejará libres a ellas? —pregunté Veinte-Veintiuno.

—Esperemos —respondió Trece-Dos.

—¡Ahora suben a sus vehículos aéreos! —exclamó Veinticinco-Nueve.

—Sígalos, Veinte-Veintiuno.

Invisibilizada e indetectable, la astronave extraterrestre siguió a los dos helichorros, que volaban a una velocidad moderada a un par de miles de metros de altura.

La persecución duró cosa de cuatro horas, al cabo de cuyo tiempo, los dos helichorros se detuvieron al borde de un río sombreado de frondosos árboles. Sus ocupantes salieron fuera y se sentaron sobre el césped. Traían alimentos y empezaron a comer.

—¡Qué costumbre tan nauseabunda! —exclamó Veinticinco-Nueve, volviendo a un lado sus órganos visuales.

—Ellos no pueden vivir si no es de esa forma —dijo Trece-Dos.

—Pero es un derroche de energías —alegó Veinte-Veintiuno—. Fíjese en que tienen que consumir alimentos de todas clases: sólidos, líquidos y gaseosos. Especialmente, más de éstos que de aquéllos. Si están dos o tres minutos sin consumir alimento gaseoso, mueren. Es una raza muy débil —concluyó con desprecio.

—No desdeñe a los terrestres —aconsejó Trece-Dos—. Es cierto que necesitan hacer un fabuloso consumo de energías para subsistir, con el consiguiente desperdicio de tiempo, pero, en otros aspectos,

son mucho más resistentes que nosotros. Por ejemplo, son inmunes a cierto tipo de vibraciones que sólo pueden transmitirse a través de determinados medios ambientes.

—¿Se refiere usted a los sonidos? —preguntó Veinticinco-Nueve.

—Exactamente. Lo que para nosotros es un horrible tormento, para ellos es la cosa más natural del mundo. Sin contar, con lo que nosotros estimamos existencia de la Dimensión Tres Simple, y que a ellos, a lo que podemos juzgar, agrada tanto.

Veinte-Veintiuno se estremeció.

—Debe de ser horrible vivir en semejantes condiciones —dijo en tono temeroso.

—Ellos pensarán lo mismo de nosotros —contestó Trece-Dos filosóficamente—. Cada raza del universo tiene sus peculiaridades y lo que a unos agrada, a otros espanta. No podemos hacer nada por modificar el orden ya existente, y que Alguien, infinitamente Todopoderoso, creó de la nada en el principio de los tiempos.

La conversación decayó. El tiempo pasó con lentitud.

Los cuatro terrestres continuaban siendo vigilados. Todo el resto del día permanecieron en el mismo lugar.

Cerró la noche y no se movieron. A pesar de todo, sus figuras, así como las de sus vehículos aéreos, resultaban visibles en la pantalla.

Transcurrió la mitad de la noche. De pronto, los cuatro terrestres se pusieron en pie y subieron a sus helichorros, los cuales se pusieron en marcha de inmediato.

Treinta minutos más tarde, el más profundo asombro reinaba a bordo de la nave extraterrestre.

—¿Qué es lo que pretenden hacer esos locos? —exclamó Veinte-Veintiuno, desconcertado por completo.

* * *

Las dos parejas se detuvieron al borde del perímetro exterior del polígono de lanzamiento de naves espaciales, cerrado por una red de alambre, de una altura de tres metros y muy tupida.

—¿Estará electrificada? —preguntó Poniakov en voz baja.

Cadygan buscó algo con la mano, hasta encontrar una rama seca. La arrojó contra la alambrada, pero no ocurrió nada.

—No —dijo al cabo—. Es una precaución ya en desuso.

La oscuridad era absoluta. No había luna y las estrellas proporcionaban una débil iluminación que apenas si permitía ver a cuatro pasos de distancia.

Cadygan se puso en pie.

—Las mujeres tendrán que saltar —dijo—. Capitán, usted primero. Después, Gussie y Vania. Capitán, usted ayudará a recogerlas al otro lado.

—Bien —contestó Poniakov.

Ayudado por el joven, Poniakov pasó al otro lado, sin causar el menor ruido. Cadygan izó a pulso a las dos mujeres y, por último, pasó él.

—Hasta ahora —dijo satisfecho—, no nos han visto. Podemos seguir adelante.

Poniakov le cogió de pronto por el brazo.

—Rod —musitó—, ¿no hay centinelas en el astro-puerto?

—¿Por qué no ha de haberlos? Pero no en este sitio…

—¡Cuidado! —exclamó Gussie de pronto—. ¡Todos a tierra!

Un reflector acababa de encenderse. Los cuatro se aplastaron contra el suelo, entre las hierbas que crecían al pie de la valla de alambre.

El haz de luz giró despacio, recorriendo el perímetro del campo de lanzamiento. Cuando su resplandor se hubo alejado, Cadygan lanzó un suspiro de alivio.

—Menos mal que no nos han visto —dijo.

El chorro de luz se detuvo de pronto, iluminando una astronave de la proa a los chorros. Estuvo así unos segundos y luego se apagó.

—¿Seguimos? —murmuró Gussie al cabo de unos momentos.

Cadygan asintió, a la vez que se ponía en pie. El resplandor del proyector les había permitido ver que no había una sola persona en torno a la astronave.

Corrieron hacia ella, aprovechando el período de tinieblas. Los dos kilómetros que les separaban de la torre del ascensor fueron cubiertos en diez minutos escasos.

Momentos después, pasaban al interior de la nave.

—Capitán —dijo Cadygan—, usted puede ir revisando los instrumentos mientras yo cierro la escotilla. Acomode a las mujeres en lugar conveniente.

—De acuerdo.

Cadygan regresó a la plataforma de enlace entre el ascensor y la escotilla. La torre podía ser retirada desde aquel punto, como desde abajo. Cadygan presionó el botón de marcha y luego saltó a la nave. La torre, se movió en el acto, apartándose poco a poco del estrecho huso, cuya afilada proa apuntaba al cielo estrellado.

Cerró la escotilla. Salvo por el tamaño, que era mucho mayor que la «Rusamer», la astronave no se diferenciaba demasiado de aquella otra. Subió por una escalera vertical y pasó a la cámara de mandos.

Gussie y Vania estaban sentadas ya en los sillones anti-aceleración. Poniakov comprobaba sus ligaduras.

—Creo que todo está en orden —dijo—. A fin de cuentas, sólo faltan cuarenta y ocho horas para la partida oficial.

—¿Nos harán algo a la vuelta? —preguntó Vania.

—Eso importa poco ahora —respondió su esposo—. Lo principal es deshacernos de la amenaza que suponen los marcianos.

—¿Tiene ya algún plan para combatirlos? —inquirió Gussie.

—Algo idearemos —dijo Cadygan, sentándose en el puesto del copiloto—. Tenemos varias semanas de viaje por delante y tiempo de sobra para pensar.

Poniakov se sentó a su lado. Sus manos hábiles empezaron a recorrer los distintos instrumentos del panel de mandos, que se necesitaban para poner en marcha los potentes motores de la nave.

—Estamos listos —dijo—. Comienza la cuenta atrás.

Un altavoz empezó a ganguear, contando los sesenta últimos segundos. Alargando el brazo, Cadygan conectó la pantalla de televisión de 360.º. De pronto, vio que se encendían todas las luces del campo.

—¡Nos han descubierto! —gritó.

—Ahora ya es tarde —dijo Poniakov con las mandíbulas apretadas—. Ni nosotros mismos conseguiríamos detener el despegue.

Un silencio absoluto cayó de pronto sobre la cabina. Sólo se escuchaba la gangueante voz que brotaba por el altoparlante.

El último segundo fue contado. Un profundo trueno surgió de los chorros de la nave.

—¡Ahora sí que vamos, Marte! —exclamó Gussie, en el instante

en que la nave se alzaba despacio del suelo, despidiendo un volcán de fuego por sus toberas.

* * *

Victor Igorov lanzó un suspiro, mitad de alivio, mitad de resignación, cuando vio desaparecer en la noche la última chispa de luz procedente de los propulsores de la astronave.

—Bueno, allá se van —dijo—. Confiemos en que tengan suerte, porque de lo contrario, mi querido Cyrus, pedirán nuestras dos cabezas.

—Y las tendrán —contestó Barnfield, encendiendo un cigarrillo para disimular su nerviosismo—. No sé si hemos hecho bien o mal al permitirles apoderarse de la nave, pero lo hecho, hecho está.

—Hay marcianos —dijo Igorov—. Todos los sucesos de los días pasados lo prueban. Ellos, además, lo saben, y también el grave peligro que corremos. Por lo tanto, están dispuestos a hacer lo que les sea posible para eliminar esa amenaza. El problema estriba en si lo conseguirán o no.

—Yo creo que sí —murmuró Barnfield—. De lo contrario, no habrían realizado una cosa semejante.

—Y ¿qué quiere que le diga, mi apreciado Igorov?, en medio de todo, han hecho bien en obrar así porque de esta forma se ha evitado que se produzca un pánico general, que hubiese podido degenerar en catástrofe mundial.

Igorov meneó la cabeza.

—El escándalo será gordo cuando se publique la noticia de que esos dos locos se han apoderado de la nave. ¿Cree que hemos hecho bien al relajar la vigilancia en torno al polígono?

—La Comisión dirá que no, pero tendrá que defendernos a capa y espada —respondió Barnfield—. Cuando lo sepan todo, no les quedará otro remedio que aprobar nuestros actos.

—Y callarán por las mismas razones que callamos nosotros y hacemos que callen los demás: el doctor Bekker, Jeff Valthin, los policías… En fin —suspiró Igorov—, ¿vamos a enfrentamos con el escándalo?

Barnfield dirigió una última mirada hacia las estrellas.

—Vamos —asintió.

En su interior deseaba toda la suerte del mundo a los arriesgados astronautas. ¿Cuántos meses pasarían antes de que conocieran la respuesta?

Pero ¿cómo saber siquiera si volverían a tener noticias de los cuatro fugitivos?

CAPÍTULO IX

Veinte-Veintiuno lanzó una exclamación de ira que los cuatro terrestres penetraban en la astronave.

—¿Qué pretenden hacer esos locos? —exclamó, sin poder contenerse.

Trece-Dos comprendió al instante las intenciones de Cadygan y de sus tres compañeros.

—Sin duda alguna, se dirigen al Cuarto Planeta.

—Con propósitos hostiles, presumo —dijo Veinticinco-Nueve.

—No nos está permitido penetrar en sus mentes, pero hasta el más lerdo sabría comprenderlo —respondió el comandante de la nave.

—Entonces, no nos queda otro remedio que destruirlos —declaró Veinte-Veintiuno con salvaje acento de odio.

—Calma —recomendó Trece-Dos—. No conviene tomar decisiones precipitadas que pudieran estar en contradicción con los planes del Ordenador. A fin de cuentas, ellos no hacen sino facilitamos la tarea. —Se estremeció—. Un viaje en compañía de cuatro terrestres hubiera resultado demasiado desagradable. ¡Esos ruidos que hacen al hablar!

La imagen de la nave acelerando sin cesar era visible en la pantalla.

—Está ganando velocidad —informó Veinte-Veintiuno.

—Si Pero todavía tardarán en establecer una órbita de viaje. Al menos, durante cuarenta y ocho horas estarán en período de aceleración.

—¿Y…? —preguntó Veinticinco-Nueve.

—Cuando sepamos con seguridad que han programado una órbita Tercer-Cuarto Planetas, estableceremos la nuestra —

manifestó Trece-Dos—. Entonces, tomaremos el estado de suspensión animada y descansaremos hasta un poco antes de la llegada. Creo que —confesó— la actividad de todos estos días ha resultado un poco excesiva para todos nosotros.

—Yo tengo un sueño espantoso —convino Veinte-Veintiuno—. Anhelo dormir tres o cuatro semanas seguidas.

—Pronto podrá hacerlo —sonrió el comandante de la nave—. Voy a descansar unas horas, que para nosotros son apenas unos minutos. Veinticinco-Nueve puede hacerlo también. Luego nos relevaremos en la vigilancia y gobierno de la nave hasta el momento de tomar el estado de suspensión animada.

—Conforme —contestaron sus dos subordinados al unísono.

* * *

El término del viaje llegó por fin. Cuando la imagen del planeta se hizo tan grande que parecía la Tierra vista desde su satélite, el capitán Poniakov desconectó el piloto automático y se dispuso a preparar el aterrizaje.

—Llegaremos dentro de unas doce horas —anunció—. Sería conveniente que lo tuviésemos todo dispuesto.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Cadygan, poniéndose en pie—. Es extraño —comentó de pronto, mientras miraba hacia el rojo disco cuyo diámetro aumentaba sensiblemente a simple vista.

—¿Qué encuentras de extraño? —preguntó Gussie.

—Jan y yo lo hemos comentado más de una vez. Escuchamos algunas emisiones de radio procedentes de la Tierra, en las que se daba la noticia de nuestra escapatoria. Pero no recibimos ningún mensaje de la Comisión del Espacio ordenándonos el regreso. Han observado un silencio absoluto desde el primer momento y esto es lo que más me extraña de todo.

—Lo que yo encuentro más raro es la cantidad de aprovisionamientos que tiene esta nave —terció Poniakov—. Parece como si hubieran esperado que nos apoderásemos de ella.

Cadygan miró a su amigo con gesto de sorpresa.

—Puede que tengas razón, Jan —manifestó—. Cada vez que lo pienso, me doy cuenta de la gran cantidad de facilidades que encontramos para llegar hasta la nave. Ciertamente, la vigilancia no

era excesiva, pero, aun así, me parece a mí que alcanzamos el objetivo con demasiada sencillez.

—¿Sabrán algo? —preguntó Vania.

Cadygan reflexionó unos momentos.

—La explosión de Seis-Cuarenta ha debido ser motivo de investigaciones muy serias —respondió al cabo—. Mi amigo Bekker no habrá podido mantener el silencio durante mucho tiempo.

—Y el que han guardado los miembros de la Comisión del Espacio es harto significativo —dijo Poniakov—. Lo sabían desde un principio.

El joven respiró con fuerza.

—Lo cual quiere decir que contamos con su bendición. Bueno, eso nos quita un gran peso de encima, ¿no os parece? —Miró a través de la claraboya más cercana—. Marte, encierras muchos secretos, pero nosotros vamos a desvelarlos ahora de una vez por todas.

—La vez anterior —dijo Poniakov—, los marcianos se portaron amistosamente, si es que su actitud se puede describir así después de haber dado muerte a seis de los nuestros. ¿Actuarán ahora de igual manera?

—Lo veremos cuando nos enfrentemos a ellos. Bien; las chicas, que vengan conmigo; pues quiero comprobar, una vez más, si saben desenvolverse de forma adecuada con las escafandras.

Seguido por las dos mujeres, Cadygan se retiró a una de las cámaras de la astronave, en la cual realizaron prácticas de ponerse y quitarse las máscaras de oxígeno que usarían en la pobre atmósfera de Marte. Después probó su reacción en la esclusa de acceso, cuya presión rebajó hasta dejarla en un grado similar al de la superficie de Marte. Dos horas después, se dio por satisfecho.

—Estoy tranquilo —sonrió—. Sabrán desenvolverse tan bien como el capitán y como yo.

—¿Viviremos en la nave o estableceremos campamento en tierra? —quiso saber Vania.

—Tu esposo tendrá que decidirlo —respondió el joven—. Él es el capitán.

—Muy bien, iré a preguntárselo.

Cadygan y Gussie quedaron solos. La muchacha miró a través de una de las ventanillas.

—Es un espectáculo fascinante —murmuró a media voz.

—Visto desde aquí —dijo Cadygan—. Cuando hayas puesto el pie en el suelo marciano, te parecerá el paisaje más árido e inhóspito que puedes imaginarte. Ni el peor desierto de la Tierra puede compararse con la superficie de Marte, salvo en las zonas cercanas a los canales y sólo en época de deshielo.

—¿Visteis vosotros muchos canales?

—Algunos. Eso sí impresiona, Gussie.

—¿Cuál es tu opinión? ¿Es obra de seres inteligentes o son accidentes naturales del planeta?

—No podría afirmar una cosa u otra, si quieres que te diga la verdad. Si lo hicieron unos seres con inteligencia, debían de poseer unos medios fabulosos. En caso contrario, bien puede decirse que la naturaleza trató por sí misma de cubrir las necesidades de agua de las distintas regiones del planeta. Eso, sin embargo, no nos preocupa por ahora.

—Son los marcianos los que te preocupan, ¿no es cierto?

Cadygan asintió en silencio.

—Sí. No sabemos qué actitud tomarán ahora. La vez anterior…

Gussie apoyó la mano en el brazo del joven.

—Por favor, no sigas, Rod.

Cadygan tomó la mano de la muchacha y sonrió.

—Vamos a correr una gran aventura —dijo—. Aunque espero salir con bien de ella. Todos saldremos con bien —añadió, a fin de infundir confianza en el ánimo de la muchacha. Pero sabía que sus palabras eran más la expresión de un deseo que la manifestación de una realidad.

* * *

Doce horas más tarde, Poniakov cortó los gases y los motores se pararon. La nave estaba envuelta en una nube de humo y polvo, que tardó mucho rato en disiparse.

Media hora más tarde, pudieron contemplar el panorama. Era una llanura ocre y amarilla, con algunos grandes manchones rojizos y una línea verde en el horizonte. La relativa planicie del suelo aparecía alterada en algunos sitios por ondulaciones que no llegaban a colinas, así como irregulares amontonamientos de rocas,

redondeadas y desgastadas por la erosión a lo largo de millares de siglos. Dentro de su abrumadora monotonía, el paisaje no dejaba de tener cierta grandiosidad, que impresionó notablemente a los astronautas, sobre todo a las dos muchachas que lo contemplaban por vez primera.

La voz del capitán rompió el éxtasis.

—Sería conveniente que fuésemos preparando todo para desembarcar, Rod.

—De acuerdo. ¿Llevaremos un oruga? —preguntó.

—Sí. Hemos tomado tierra en un punto algo alejado del lugar donde desembarcamos la primera vez.

—Jan —dijo Vania—, dame a mí una pistola.

—Las armas de fuego son casi inútiles contra los marcianos —manifestó Cadygan.

—Por lo menos, haré ruido y eso me tranquilizará —sonrió Vania.

Los trabajos dieron comienzo en seguida. La temperatura exterior, en aquellos momentos, era de muy pocos grados sobre cero. El sol se hallaba cerca del cénit y teniendo en cuenta que habían llegado en pleno verano marciano, aún subiría más la columna termométrica, aunque a la noche podría descender por debajo de los cincuenta grados centígrados.

La grúa que sobresalía del costado de la nave sirvió para hacer descender el vehículo, un semioruga de pequeñas dimensiones, pero potente y capaz para los cuatro y sus equipos. La labor quedaba facilitada por la menor intensidad de la gravedad en la superficie de Marte, una tercera parte de la terrestre, lo cual hacía que los noventa kilos de Cadygan quedasen reducidos a treinta, y así todo en proporción.

La escotilla podía cerrarse mediante mando radio-eléctrico a distancia. Cadygan hizo funcionar el control correspondiente y la entrada a la nave quedó así cerrada.

—Nadie podrá penetrar al interior sin nuestro permiso —dijo.

Las voces sonaban curiosamente claras y ahiladas en el fino aire de la superficie marciana, fresco y tranquilo en aquellos momentos.

Emprendieron la marcha. El vehículo se deslizaba con cierta facilidad por la superficie arenosa, en la que había más irregularidades de las que podían suponerse a primera vista, si bien

la mayoría de ellas tenían poca importancia. De cuando en cuando, no obstante, Cadygan se veía obligado a dar un gran rodeo para evitar algún hoyo demasiado profundo o un grupo de rocas que les cerraba el paso.

Treinta minutos después alcanzaron el borde de la línea verde que habían divisado desde la astronave. El verdor era proporcionado por una capa de fina hierba, de pocos centímetros de altura y tres o cuatro kilómetros de anchura. Por el centro de la misma corría perezosamente una delgada corriente de agua, cuya benéfica influencia provocaba el crecimiento de la hierba. El arroyo no tendría más allá de diez o doce metros de ancho por veinte o treinta centímetros de profundidad.

—Y ésta es una muestra de los tan cacareados canales de Marte —exclamó Gussie sarcásticamente.

—Aguarda un poco y verás —dijo Cadygan.

Minutos más tarde salían de la franja de verdor.

Un kilómetro más adelante, el suelo descendía bruscamente.

—Pónganse las máscaras de oxígeno, chicas —recomendó Poniakov.

Salieron de la cabina estanca del vehículo y caminaron unos cuantos pasos. Alcanzaron el borde de aquella monumental falla del terreno y miraron hacia abajo.

Era un terraplén de más de quinientos metros de profundidad, cuya pendiente alcanzaba unos treinta y cinco grados. El terraplén era casi liso y de corte recto, perdiéndose de vista en ambos sentidos, hasta donde terminaba el campo visual de los astronautas. Abajo, el suelo era también llano, aunque cubierto de verdor. A lo lejos, cerca de la línea del horizonte, a muchos kilómetros de distancia, podía distinguirse otro terraplén análogo, pero de inclinación contraria.

Hacia la mitad de la zona verde se distinguía una gran corriente de agua, que si bien no parecía muy profunda, tenía una anchura superior al kilómetro. La comprensión penetró con cierta lentitud en la mente de Gussie.

Se volvió hacia Cadygan y le miró con ojos muy abiertos.

—«Ésto» es un canal —dijo.

—Así es —sonrió él—. ¿Creías que ibas a ver un canal como los terrestres, de cien metros de anchura? Éste no es de los más grandes

y, sin embargo, debe tener unos quince kilómetros de ancho por quinientos o seiscientos metros de profundidad. En una ocasión vimos otro canal de mil metros de profundidad por cincuenta kilómetros de ancho. Si es una obra de ingeniería, se trata de algo que nuestra mente se siente incapaz de…

—¡Un momento! —exclamó Poniakov de pronto, interrumpiendo las palabras del joven.

—¿Qué ocurre, Jan? —quiso saber Cadygan.

Poniakov estaba mirando en torno suyo con aire perplejo y, a la vez, preocupado. Cadygan se extrañó de la rara actitud del ruso.

—Mira, Rod —dijo Poniakov—, estamos ahora en el lugar donde tomamos tierra la vez pasada.

—Sí. ¿Y qué? ¿Sucede algo de particular?

A treinta metros de distancia el suelo se combaba, formando una especie de colina redondeada cuya altura no rebasaba los veinte metros. La diminuta colina era lisa por completo y pelada, prácticamente, sin el menor accidente en su superficie.

—Ocurre una cosa —dijo Poniakov despacio—. En esa colina fue donde enterramos a nuestros compañeros y…, ¡las tumbas han desaparecido! —concluyó con acento dramático.

CAPÍTULO X

Una súbita racha de viento se levantó de pronto, silbando en la desierta llanura marciana. La arena se arremolinó en algunos puntos, y luego, poco a poco, volvió a posarse, hasta que el ambiente recobró su transparencia habitual.

Recobrándose de la sorpresa recibida, Cadygan echó a correr y se lanzó hacia la colina, cuya cúspide alcanzó en pocos segundos. Una vez allí, miró en todas direcciones con aire desorientado.

—No cabe la menor duda —exclamó, señalando hacia un punto situado a cien metros de distancia, en donde se divisaba una extensa mancha de forma circular y color distinto al general del suelo marciano—. Todavía se conservan las huellas de los chorros de nuestra nave al aterrizar. Pero ¿dónde están las tumbas?

Poniakov y las dos mujeres les alcanzaron.

—¿Estás seguro de que fue aquí donde los enterrasteis? —preguntó Gussie.

—Por completo —afirmó Cadygan—. Precisamente elegimos esta colina por… Oh, perdóname; olvidaba que uno de los que murieron fue tu propio hermano.

Gussie movió la cabeza.

—No tiene importancia ya —dijo con tristeza.

—Han pasado casi dos años desde entonces —intervino Vania—. El viento y la arena han podido borrar los rastros de las tumbas.

—Pero no llevarse la cruz que colocamos aquí —objetó Poniakov—. Era de metal y tenía más de dos metros de altura. Si se hubiese acumulado la arena, tendría que verse todavía su parte superior… Y, que yo recuerde, la altura de la colina no ha variado mucho.

—¿No puede suceder que estéis confundidos? —sugirió Gussie

—. Hay más colinas…

Cadygan volvió a señalar la mancha.

—Estamos exactamente al sudoeste del punto de aterrizaje. Recuerdo muy bien que tomé la marcación para orientarnos en caso preciso. —Pateó el suelo con cierto enojo—. Fue aquí donde los enterramos.

Una horrible sospecha surgió de pronto en la mente de Gussie.

—Rod, tal vez los marcianos…

Se sintió incapaz de terminar la frase. Cadygan percibió que un helado escalofrío le recorría la espalda. ¿Qué diabólicos experimentos habían hecho aquellos misteriosos seres con los cadáveres que habían quedado abandonados en Marte?

Vania se agarró con fuerza al brazo de su esposo.

—Regresemos, Jan —dijo con voz llena de aprensión—. Tengo miedo.

Poniakov miró al joven.

—¿Rod?

—Sí. Volvamos —convino Cadygan con disgusto—. Hay aquí algo que no me agrada del todo y me sentiré mucho más tranquilo y seguro a bordo de la nave. A fin de cuentas, los marcianos tienen también ciertas limitaciones y no podrán penetrar en el interior de la astronave.

Descendieron la colina casi a la carrera. Treparon al semioruga y el vehículo arrancó a los pocos momentos.

Media hora más tarde llegaban de nuevo al pie de la nave, y unos minutos después se hallaban en su interior. Izaron el vehículo y cerraron la escotilla.

El nerviosismo les había invadido. Durante unos momentos no hicieron otra cosa que hablar sin ton ni son, concibiendo las más descabelladas hipótesis, hasta que, al fin, Cadygan se dijo que era hora ya de terminar con aquella situación que a nada bueno podía conducirles.

—Sería mejor que tratásemos de razonar con claridad, en lugar de estar charlando como cotorras —dijo—. Y, sobre todo, conservar la calma, porque, si nos dejamos llevar por el pánico, terminaremos de modo catastrófico.

—Bien —convino Poniakov—. Estoy de acuerdo contigo. Hay que hacer algo. Pero ¿qué? ¿Hacia dónde miramos, exploramos o

nos movemos? Ellos no están ahora aquí, no se han hecho visibles como la otra vez ni han intentado entablar relaciones con nosotros. ¿Cómo adoptar un plan de acción si no sabemos qué es lo que hemos de hacer?

—Tomar algo de alimento, lo primero —aconsejó Gussie—. Después, descansar y relajar la tensión nerviosa que nos atenaza. Cuando hayamos descansado unas horas, tal vez nos sintamos en mejor disposición de ánimo y con la mente más clara. Vania, ven a ayudarme a preparar la comida.

Los manjares fueron consumidos en medio de un sombrío silencio, que apenas se rompió al terminar la comida. Los dos rusos se retiraron a su cámara y Gussie a la suya.

—Yo descansaré sentado en el sillón del copiloto —dijo Cadygan.

Era un mueble cómodo y blando. Se movió un poco para acomodarse, apoyó la cabeza en el respaldo y unos minutos más tarde, a pesar de sus preocupaciones, dormía profundamente.

Durmió largo rato, no supo cuánto. Al despertar, vio que era ya de noche.

Sin llamar a los otros, se preparó un poco de café. Después de tomarlo, se acercó a uno de los ojos de buey y contempló la oscuridad marciana.

¿Dónde estaban aquellos seres? ¿Qué habían hecho con los cadáveres de sus compañeros?

La posibilidad de que los hubiesen empleado para Dios sabía qué terribles experimentos, le hizo sentir miedo, un miedo cerval, un puro pánico que le asaltó a pesar suyo. No obstante, rehaciéndose, se dijo que no consentiría que a él le hiciesen algo parecido. Una vez le habían tenido seis o siete días en estado de inconsciencia…, y no quería pasar de nuevo por aquella experiencia. Antes…

Frunció el ceño de pronto. Algo brillaba en el suelo.

Era una lucecita que oscilaba con alternativas irregulares, como si procediera de una lámpara pendiente de la mano de un hombre que caminase por el suelo marciano. Se frotó los ojos y se pellizcó las mejillas, a fin de convencerse de que estaba despierto y no dormido.

La luz seguía brillando, y, poco a poco, se iba acercando a la nave.

Para no moverse de su observatorio, alargó una mano y tocó el interruptor general de la red de altavoces interior.

—Arriba todos —dijo, a través del micrófono—. Se acerca alguien.

Poniakov y las dos mujeres aparecieron pronto en la cabina.

—¿Quién es? —preguntó el ruso, lleno de excitación.

—No lo sé —respondió Cadygan—. Pero es un ser vivo… ¡Miren, está haciéndonos señas con la lámpara!

La luz osciló con rapidez.

—¡Está hablándonos en morse! —exclamó Vania.

Cadygan no dijo nada. Moviendo los labios en silencio, deletreaba los signos que hacía el desconocido con su lámpara.

—Abran… pronto… Deseo… verles… Soy… Proutts…

—¡Proutts! —gritó Poniakov—. ¡El navegante de la «Rusamer»!

—Eso es imposible —contestó el joven—. Está muerto. Tú y yo lo enterramos. ¿No te acuerdas ya?

Poniakov se pasó una mano por la frente ardorosa.

—Sí, me acuerdo, pero…

La lámpara continuaba centelleando.

—Abran… pronto… —insistía el hombre que estaba a menos de cien metros de la nave.

—Es preciso socorrerle, sea quien sea —exclamó Vania con vehemencia—. No podemos dejarle abandonado en Marte a su suerte.

—Esperad —dijo Cadygan—. Esos tipos son muy astutos. Es posible que nos hayan tendido una trampa. No podemos confiarnos en absoluto. Sólo uno de nosotros debe entrevistarse con Proutts…, si de verdad es Proutts.

—¿Quién lo hará? —quiso saber Gussie.

—Yo —contestó el joven, decidiéndose—. Vosotros os quedaréis aquí, con la puerta de la cámara bien cerrada, para que no pueda entrar nadie con intenciones hostiles. Puede suceder —añadió— que los marcianos me obliguen a guiarlos hasta aquí, para reduciros a vosotros también. En todo caso, no abráis la puerta si antes no he pronunciado yo una palabra convenido de antemano. «Gussie Uno» será la contraseña. ¿Estamos?

La propuesta de Cadygan fue aceptada por unanimidad. El joven salió de la cámara y se puso un traje de abrigo y la máscara de

oxígeno, ciñéndose a continuación el cinturón con la pistola. Tomó un pequeño transmisor portátil y descendió a la sección de la esclusa de salida, haciendo surgir al exterior la grúa del ascensor.

Un minuto más tarde se hallaba en tierra. El hombre corrió hacia él.

—¿Terrestre? —preguntó.

—Sí. Soy Rod Cadygan…

—¡Cadygan! —exclamó el sujeto—. ¿No me reconoce? Soy Chet Proutts, el navegante de la «Rusamer». ¡Alabado sea Dios! —exclamó con ansiedad—. ¡Por fin han vuelto! ¿Vienen muchos? —preguntó.

—No. Sólo cuatro. El capitán Poniakov, su esposa, una periodista y yo. ¿Qué tal se encuentra, Proutts?

—No sabría cómo explicarle, Cadygan. Creíamos que nos íbamos a quedar en Marte para siempre y… Cuando vimos aterrizar la nave, casi nos volvimos locos de alegría. ¿Cómo van las cosas por allá abajo, Rod?

—Bien —contestó el joven—. Como de costumbre. ¿No le agradaría tomar una taza de café con nosotros?

—Por supuesto que sí —respondió el navegante—. El café es lo que más hemos echado de menos todos nosotros en estos dos largos años.

—Bueno, vamos arriba entonces.

Subieron en el ascensor y franquearon la esclusa. Al cerrar la compuerta interna, Cadygan restableció la presión atmosférica normal y graduó el termostato para una temperatura conveniente. Luego se despojó de su equipo, aunque volvió a colocarse el cinturón con la pistola.

Manejó la radio.

—Gussie Uno. Todo va bien —dijo.

—Conforme. Arriba —respondió Poniakov.

Subieron a la cabina de mando. Poniakov miró a Proutts casi con pasmo.

—Diríase que estoy viendo a un resucitado —comentó—. Mi esposa…, la señorita Aubrey… —presentó.

—¿Qué tal? —saludó el navegante—. Celebro infinito volver a ver a unos seres de la Tierra.

Las dos mujeres le contemplaban con aire absorto.

—Gussie, prepárale un poco de café —dijo Cadygan.

—Al momento… Espera. ¿Viene él solo? —preguntó la chica.

—Sí —contestó Cadygan—. Los otros… ¿dónde están, Chet?

—A una milla de aquí, en lugar seguro.

—¿Mi hermano también? —preguntó Gussie.

—Es hermana de Metcalfe, hermanastra, mejor dicho —explicó Cadygan.

—Brian se encuentra muy bien, señorita —aseguró el navegante.

Gussie sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó.

—Anda, prepárale el café. Chet Proutts está ansioso de tomarse una taza después de vivir durante dos años…, ¿cómo habéis vivido, Chet? —quiso saber el joven.

—Seria largo de contar —respondió el aludido en tono evasivo —. Más tarde hablaremos largo y tendido.

—Oh, sí, claro, por supuesto. ¿No le parece a usted, capitán?

—Desde luego —convino Poniakov.

—Antes has dicho que los demás están a una milla de aquí, Chet.

—En efecto.

—No hemos visto nada extraño en la superficie —manifestó el joven—. ¿Es que acaso tenéis algún refugio subterráneo?

—Claro —sonrió Proutts—. De lo contrario, ¿cómo íbamos a poder vivir en Marte?

—A mí lo que me extraña es —dijo Cadygan— cómo has podido caminar durante una milla sin necesidad de máscara de oxígeno, Chet. Y, más todavía, que habiendo aterrizado hace casi veinticuatro horas, hayáis esperado tanto tiempo para venir a vemos…, y hacerlo uno solo en lugar de los seis que quedaron aquí, como parece que hubiera sido lógico esperar.

—Hay otra cosa que yo encuentro también muy extraña —dijo Poniakov—. Si mis recuerdos son correctos, usted, Proutts, era un tipo al cual no se le caía el cigarrillo de la boca. ¿Cómo es que no ha pedido de fumar apenas nos vio?

—Y todavía hay más cosas raras —añadió Cadygan—. La temperatura, en el exterior, es ahora de cuarenta y tantos grados bajo cero. Chet, tú no llevas más que una simple camisa y unos *shorts*. Ni siquiera calzas zapatos.

Tenía la mano sobre la culata de la pistola. Sus ojos brillaban

con furia.

—Ahora mismo —dijo, desenfundando el arma y apuntándole— nos vas a decir quién eres en realidad y qué es lo que pretendes, o, de lo contrario, la emprenderé a tiros contigo. ¡Habla, pronto!

Proutts retrocedió unos pasos, con una mirada de odio en sus ojos. De súbito, giró sobre sus talones y quiso echar a correr.

Gussie volvía en aquel instante con el café. Chilló horrorizada.

Vania se unió a la muchacha en sus chillidos. Cadygan y Poniakov sintieron que se les erizaban los cabellos.

El cuerpo de Proutts se desmoronó, se deshizo literalmente, como si fuese una estatua de arena acometida por un fuerte ventarrón. La cabeza, los brazos, las piernas, el torso…, incluso las prendas de su indumentaria, todo se convirtió en infinidad de fragmentos no mayores que un grano de arena, que formaron un oscuro y hediondo montón al pie de la puerta de salida de la cabina.

CAPÍTULO XI

Rod Cadygan se abalanzó sobre Gussie y la sujetó con fuerza por el talle, a la vez que le ponía una mano sobre la boca, para evitar que gritase.

—Calma —le aconsejó—. No te asustes. No nos ha ocurrido nada. Es a él a quien le ha pasado, no a nosotros… Jan, cuida de Vania.

Poniakov rodeó con el brazo los hombros de su esposa. Vania ocultó la cara en el pecho de su marido y se esforzó por mantener la ecuanimidad, mientras él le daba suaves palmaditas en los hombros.

—Ya estoy bien —dijo Gussie al cabo de unos momentos, tras varias y profundas inspiraciones—. No te preocupes por mí, querido.

Cadygan la soltó. Sus ojos se fijaron con preocupación en el montón de sustancia que había al lado de la puerta.

—Una innoble argucia de los marcianos —comentó—. Jan, tendríamos que sacar eso de aquí.

—Conforme.

Poniakov trajo una manta. Con ayuda de una pala, echaron la sustancia, que tenía todo el aspecto y la consistencia de la ceniza húmeda, sobre la manta. Después, lanzaron manta y ceniza fuera de la nave y volvieron a cerrar las dos compuertas.

Vania había ventilado la cabina, con lo que el olor había desaparecido. Gussie sacó licor y sirvió sendas copas. Todos lo estaban necesitando.

—Así, pues. —Dijo, disimulando heroicamente la decepción y la amargura que sentía—, ése no era Chet Proutts. Y…, y mi hermano…, no está vivo.

Cadygan bebió el licor de un golpe.

—Por desgracia, así es. No cabe abrigar la menor esperanza acerca de la suerte que corrió Brian y todos los demás.

—De modo que los marcianos nos enviaron un espejismo, valga la palabra, a fin de hacernos caer en la trampa —dijo Poniakov, bastante preocupado.

—¿Cómo te diste cuenta de ello? —inquirió Vania.

—Cuando hablamos abajo, ya vi que no llevaba máscara de oxígeno. Esto, en cierto modo, no constituía un síntoma definitivo; tal vez, con ayuda de la fantástica ciencia de los marcianos, podía haber conseguido habituar su organismo a un deficitario suministro de oxígeno. Pero, aparte de que su indumentaria era muy liviana, cosa a la cual también podía haberse acostumbrado, no llevaba la lámpara con la cual nos había estado haciendo señales. Y, por otra parte, ¿cómo aseguraba que estaban a una milla y no habían dado señales de vida en casi veinticuatro horas que llevamos en Marte? El resto lo visteis vosotros tan bien como yo —terminó Cadygan.

—Lo que no comprendo es cómo podía hablar y razonar de una forma tan perfecta un ser que no lo era, en sentido estricto —dijo Poniakov—. Parecía un robot o un ente artificial.

—Los marcianos poseen poderes fabulosos, de los cuales nosotros apenas tenemos una mínima idea dijo Cadygan. —Compusieron una imagen semejante a la del antiguo navegante de la «Rusamer», con la cual, seguramente, estaban enlazados por alguna forma de comunicación mental. Al ver que nosotros lo habíamos descubierto, sobre todo Jan, con su última pregunta sobre su vicio de fumar, decidieron dar por terminada la farsa y aflojaron, digámoslo así, el aglutinante inmaterial que unía las distintas partículas componentes del cuerpo del supuesto Chet Proutts. Ésa es la única explicación que encuentro aceptable.

—Es la única congruente, en efecto —convino Poniakov—. Pero ¿cuáles son los fines de los marcianos? ¿Qué se proponen con estos actos?

—Y, sobre todo, si son tan poderosos —exclamó Gussie—, ¿por qué no han ido a la Tierra con más frecuencia y en mayor número?

La vista del joven resbaló a través de la ventanilla más próxima.

—Me gustaría hablar con ellos —dijo—, pero sin temor a sufrir un sueño como el de la vez anterior.

—Imagino que eso no será posible —declaró Poniakov—. Lo

mejor que podríamos hacer es…

—Despegar sin haber conocido la realidad de sus intenciones. ¡No! —exclamó Cadygan—. Hemos venido aquí para resolver un problema y, como todos los problemas, tiene su solución. Tarde o temprano acabaremos por hallarla.

Se acercó a la ventanilla.

—Gussie —murmuró—, tú has dicho hace un momento que, si son tan poderosos, debieran haberse visto en la Tierra con más frecuencia.

—Más o menos —concordó la chica.

—¿Y si no fuesen marcianos? —dijo Cadygan de pronto—. Suponemos que lo son, porque los hemos encontrado en Marte, pero ¿qué otras pruebas podemos presentar de nuestra afirmación?

Un hondo silencio se expandió en el ambiente.

—Tal vez procedan de algún punto del universo remotamente alejado de nosotros —sugirió Vania.

—Y se establecieron en Marte al hallarlo desierto —añadió su esposo.

—¿Para conquistar el Sistema Solar? —opinó Gussie.

—Dejando de lado sus intenciones, ¿por qué en Marte y no en cualquier otro planeta del sistema? —dijo Cadygan.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Poniakov habló de pronto:

—Estamos especulando sobre una base sin apenas consistencia. ¿Por qué no actuamos en lugar de charlar como viejas comadres?

—Hay una cosa que podemos hacer de momento, sin necesidad de movernos de la nave —dijo Cadygan.

Se acercó al cuadro de mandos y tocó un interruptor. Un vivísimo resplandor se encendió en el acto en la cúspide del cono de proa de la astronave.

El reflector disipó las tinieblas al instante en un vasto espacio. Podía manejarse desde la cabina y el joven hizo que describiera un círculo completo, alumbrando los accidentes más próximos al aparato.

De pronto, Vania lanzó un grito:

—¡Mirad! ¡Ahí!

Cadygan detuvo el movimiento de giro del reflector. Tres o cuatro siluetas semitransparentes, que fosforescían extrañamente al

ser heridas por el haz luminoso, aparecieron ante la vista de los cuatro terrestres.

—Son ellos, no cabe la menor duda —exclamó Poniakov.

Los seres permanecían inmóviles, a una distancia de ciento cincuenta metros de la nave. De repente, uno de ellos se movió hacia delante.

—Un rifle —pidió Poniakov—. Voy a…

—Quieto —aconsejó Cadygan—. Esperemos.

—¿Y si intenta cometer algún estropicio en la nave? —sugirió Gussie temerosamente.

—No pueden hacernos nada, estando aquí dentro. Y no es fácil que hagan nada perjudicial a la nave. Quizá quieren comunicarse con nosotros…

El ser se movía con cierta rapidez. Llegó al pie de la nave y se inclinó, realizando una serie de movimientos que, durante unos momentos, dejaron desconcertados a Cadygan y sus compañeros.

Al cabo de un minuto, el ser se retiró llevándose un bulto en las manos. Cadygan lo reconoció en el acto.

—Es la manta con las cenizas de la figura de Proutts —exclamó asombrado.

—¿Para qué diablos la querrán? —preguntó Poniakov.

El ser se reunió con los otros. Entonces, Cadygan concibió una idea.

—Voy a hablarles —dijo.

Se acercó al cuadro de mandos y manejó unas palanquitas. Un grupo de megáfonos salió al exterior.

—¡Atención, atención!

Cadygan habló a través del micrófono, en tono natural, pero su voz resultó enormemente amplificada al salir por los altoparlantes y se extendió con retumbantes ecos por la llanura marciana.

—Queremos conversar con vosotros, conocer vuestras intencio…

De pronto se calló, estupefacto, como los demás, por lo que estaba viendo al otro lado del vidrio de la ventanilla más próxima.

Las siluetas vibraron unos segundos, de una forma un tanto extraña, como si estuviesen sumergidas en una corriente líquida impetuosa. Luego se dispersaron por el suelo, alejándose de la nave con gran rapidez, pero su carrera duró apenas un par de segundos; casi en seguida se esfumaron y desaparecieron como si jamás

hubiesen existido.

Cadygan miró desconcertado a sus compañeros.

—No lo entiendo. No les he amenazado y, sin embargo…

Poniakov y las dos mujeres estaban tan asombrados como él.

—Parece como si se hubiesen asustado —comentó el ruso.

—¿Sólo porque mencioné nuestras intenciones de dialogar con ellos? —exclamó Cadygan.

—Su actitud resulta incomprensible —dijo Gussie.

—Esto no puede seguir así —declaró Cadygan de pronto, con acento resuelto—. Es una situación que no puede prolongarse por tiempo indefinido. O entablamos contacto con ellos de una vez o nos volvemos a la Tierra sin perder más tiempo.

CAPÍTULO XII

Poniakov reflexionó sobre las palabras que acababa de pronunciar Cadygan.

—¿De qué manera piensas entablar contacto con ellos? —preguntó.

—Yendo a su encuentro —respondió Cadygan sin vacilar.

—Pero ellos han huido —alegó Vania.

—Alguna vez tendrán que detenerse. Han intentado arrastrarnos a su escondite por medio de una trampa. Pero como ya hemos quedado que es una situación que no puede prolongarse, vamos a hacer lo mismo que hizo Mahoma cuando vio que la montaña no se movía a sus llamadas.

—¿Quién irá? —preguntó Poniakov, comprendiendo las intenciones de su amigo.

—Yo —contestó el joven, sin vacilar.

—¿Solo?

Gussie se colocó junto a Cadygan.

—Ya tiene compañía —dijo en tono firme. Y sonrió—: Como periodista tengo derecho a acompañarle. Además, no olvidemos que también soy parte interesada en este asunto. Un familiar mío fue enterrado en Marte.

—Tú y Vania os quedaréis aquí —resolvió Cadygan al final—. Puede ocurrir que Gussie y yo no volvamos, pero alguien, en todo caso, debe quedar con vida para regresar a la Tierra y comunicar lo que sucede. Estaremos en constante comunicación con vosotros, mejor dicho…, llevaremos el transmisor abierto para que oigáis todo lo que suceda y, casó de que nos ocurra algo, actuar en consecuencia.

—Está bien. —Poniakov aceptó la decisión del joven—. Llevad

armas; no son seres como nosotros, pero, a veces, un disparo puede producir efectos beneficiosos. ¿Alimentos? ¿Bebida? —sugirió.

—No. Regresaremos en el mismo día…, o no regresaremos.

—¿Cuándo pensáis partir?

—Apenas haya amanecido.

* * *

Trece-Dos estaba muy preocupado.

—Descubrieron nuestra trampa —dijo.

Cero-Uno
hizo un gesto de asentimiento.

—Desconocemos todavía muchas de sus costumbres —murmuró pensativamente—. Cometimos algunos errores…

—Los errores cometidos fueron míos —declaró Trece-Dos—. Reclamo para mí toda la responsabilidad.

—No —le contradijo
Cero-Uno
—. Yo soy el Ordenador de esta misión y, por tanto, toda la responsabilidad de lo bueno y lo malo es mía, porque yo elegí a quienes debían formar parte de la misma.

El tono de
Cero-Uno
estaba impregnado de una amargura que Trece-Dos no dejó de captar en el acto.

—Son una raza muy dura y muy extraña —siguió
Cero-Uno
—. Atrasadísimos en algunos aspectos y, en otros, terriblemente avanzados. Pero lo que más me desconcierta con sus cambios imprevisibles, su humor siempre variable, su rara psicología y…

—Los ruidos tan terribles que hacen —comentó Trece-Dos, estremeciéndose vivamente.

Aún creía percibir dentro de cada uno de sus átomos el tremendo estrépito de la noche anterior que tantos daños les había causado.

Veinte-Veintiuno, Veinticinco-Nueve, Ochenta-Cero y Siete-Tres estaban hospitalizados, aquejados de una tremenda postración que les había convertido en unos seres poco menos que inútiles para

toda labor, después de la espantosa experiencia sufrida horas antes. En cuanto a él mismo, todavía se sentía muy débil y necesitaba apelar a toda su poderosa voluntad para seguir activo.

—Sí, los ruidos —convino
Cero-Uno
—. ¿No hay medio alguno de anularlos?

—Con todos los respetos, sólo hay un medio —dijo Trece-Dos.
Cero-Uno
asintió. Sí, conocía el medio. Pero ponerlo en práctica era tanto como confesar su fracaso.

Y le repugnaba tener que hacerlo.

Pero, al mismo tiempo, no veía otra solución viable.

—Conocemos muchas cosas de los terrestres —dijo despacio—. Pensamos que los dos que sobrevivieron y nos guiaron en el Tercer Planeta, podían habernos sido de gran utilidad, pero se mostraron, por lo menos, tan listos como nosotros. Todo cuanto hemos hecho, hasta la fecha, ha resultado inútil por completo.

—¿No habrá un medio de concluir la misión? —preguntó Trece-Dos tímidamente.
Cero-Uno
se disponía a dar una respuesta, cuando entró uno de sus subordinados.

—Señor, dos de los terrestres acaban de desembarcar de su nave —informó.

Inmediatamente, Trece-Dos se sintió invadido por una gran excitación.

—Permítame que salga a su encuentro, señor —rogó.
Cero-Uno
hizo un gesto.

—No. Mejor que eso, dejemos que sean ellos quienes nos descubran.

Trece-Dos se asombró ante la decisión de su superior.

—¿Y dejarlos que lleguen hasta aquí? —exclamó, asustado.

—Sí. Quiero verles en persona —dijo
Cero-Uno
—. Hasta ahora, no he tenido más que noticias indirectas de ellos. Deseo entrevistarles personalmente. Ocúpese de que se cumpla mi orden.

La disciplina era algo esencial en un ser de aquella raza estelar. A Trece-Dos no le quedaba, por tanto, otro remedio que acatar la decisión de su superior.

—Sí, señor —contestó en tono lleno de respeto.

* * *

Antes de partir de la nave, Cadygan conectó el transmisor portátil que se había colgado del hombro.

—¿Me oyes bien, Jan? —preguntó desde la esclusa de salida.

Poniakov y Vania estaban arriba, en la cabina de mando.

—Perfectamente. El sonido llega con toda claridad, Rod.

—Muy bien. Gussie y yo nos disponemos a salir. Cualquier petición que podamos hacer, no será válida, si no viene precedida de la contraseña que usamos anoche.

—Conforme. Hasta la vista y buena suerte.

—Gracias. Hasta la vista.

La plataforma les bajó al suelo, cien metros más abajo. Además de las armas de fuego, para su defensa personal, Cadygan y Gussie llevaban un control radioeléctrico para el manejo desde el exterior del ascensor y de la esclusa, por si se veían precisados a utilizarlo. Cuando hubieron abandonado la plataforma, llamó a Poniakov y le dio la orden de cerrar.

—Vamos —dijo a continuación.

Emprendieron la marcha. La arena, cubierta todavía de la escarcha matinal en buena parte de su superficie, crujía bajo sus pies. El sol acababa de asomar apenas por el horizonte y las sombras se alargaban extraordinariamente.

Caminaban en silencio, sin cruzar una sola palabra, impresionados a su pesar por la deprimente soledad que se desprendía del desierto que les circundaba. De cuando en cuando, volvían la vista hacia la nave, cuya imagen se empequeñecía poco a poco a medida que se alejaban.

—Por nada del mundo me gustaría vivir aquí —comentó Gussie después de un buen rato de silencio—. No niego que este paisaje posee cierta salvaje grandeza una indudable belleza digna de ser contemplada, pero, a la larga, cuando uno se familiarice con el panorama, deberá resaltar monótono y deprimente.

—Estamos en los principios tan sólo —contestó el joven—. Todavía han de pasar muchos años, quizá un siglo, antes de que la superficie de Marte empiece a cambiar en algunos lugares. Un día, crecerán las ciudades y los terrestres, desplazados a través del espacio, poblarán este planeta. Se creerán industrias, nacerá una nueva agricultura…, los expertos idearán sistemas de aclimatación de plantas y animales capaces de sobrevivir en Marte. Entonces, el panorama cambiará, no te quepa la menor duda.

—Es posible que así sea —convino ella—. De todas formas, a mí me gustará más vivir siempre en la Tierra.

—Dentro de cien años, habrá quien opine de una manera exactamente opuesta a la tuya —filosofó él—. Además, los marcianos descendientes de terrestres que nazcan aquí, ¿crees que se acostumbrarán o podrán vivir en la Tierra, por más que les guste nuestro planeta? Un hombre habituado a la gravedad marciana sufrirá enormemente en la Tierra, pesando tres veces más que aquí y un día llegará en que ése será un obstáculo insalvable para los nativos de este planeta.

Ella sonrió bajo la máscara de oxígeno.

—Dentro de cien años, poco me importa lo que pueda sucederles a los marcianos, Rod.

—¿Y dentro de unos minutos…, a nosotros? —preguntó él.

—¿Por qué lo dices? —exclamó Gussie, extrañada.

La mano del joven se tendió hacia adelante.

—Mira.

Gussie contuvo una exclamación de sorpresa. Delante de ellos, a dos centenares de metros, acababa de surgir un extraño objeto en forma de cubo, de metal brillante, de las dimensiones de una casa pequeña, que destacaba enormemente en medio de la vasta planicie marciana.

—Rod, son ellos —murmuró Gussie en voz baja.

La voz de Poniakov surgió de pronto a través del altoparlante del transmisor portátil.

—¡Cuidado! —recomendó el ruso—. Acabo de ver aparecer una cosa extraña.

—Nosotros también —contestó Cadygan—. Estamos prevenidos.

Siguieron caminando hasta llegar al cubo de metal. De pronto, se produjo una solución de continuidad en la pared más próxima a

ellos, en forma de puerta.

—Nos invitan a entrar —dijo ella.

—Entonces, aceptemos la invitación —exclamó Cadygan, avanzando decidido hacia la entrada.

CAPÍTULO XIII

El suelo del cubo de metal era liso por completo y tan pulido como su superficie externa. De pronto, empezó a descender.

Cadygan tomó la mano de la muchacha para infundirle valor. El descenso, sin embargo, no duró mucho.

Una gran estancia, iluminada, apareció ante sus ojos. Cadygan y Gussie pudieron divisar numerosas siluetas semitransparentes, todas ellas con la forma humana que ya conocían, pero sin otros rasgos definitorios, ni aun los fisonómicos. Eran unos seres sin rostro, sin ojos, sin boca; incluso sus manos carecían de dedos, ya que los extremos de los brazos eran redondeados, como si fuesen unos dibujos trazados por un pintor de una escuela avanzada.

—Acercaos —dijo una voz tan tenue, que apenas si pudieron captarla.

—¿Quiénes sois? —preguntó Gussie de forma impetuosa—. ¿Por qué queréis hacernos daño?

—Estáis equivocados. Nuestro propósito no es causaros el menor daño. Todo lo contrario…

—Esos propósitos se compaginan mal con las seis muertes que cometisteis aquí hace dos años —exclamó la chica, sin perder su impetuosidad—. Mi hermano fue una de las víctimas.

—Por favor —dijo la misma voz—, ¿no podéis hablar más bajo?

—Cálmate, Gussie —recomendó Cadygan—. La ira no es siempre el mejor medio de entablar contacto con nadie, proceda de donde proceda. Y puesto que somos huéspedes de estos seres, portémonos de acuerdo con sus deseos. ¿Cuál es tu número? —preguntó.

—Cero-Uno.

—Eso significa que eres el jefe aquí.

—Sí.

—¿Y Seis-Cuarenta?

—Murió. Tomó la forma de un terrestre, pero eso no es cosa que pueda hacerse sin riesgo gravísimo. Él lo sabía, sin embargo.

Cadygan se dio cuenta de que los demás seres permanecían inmóviles. La habitación, pese a sus vastas dimensiones, estaba totalmente desierta de todo mueble u objeto. Era un simple hangar, de paredes metálicas, desnudas. Se preguntó si los objetos de que se servían los marcianos resultaban invisibles para ellos.

—Ahora, sin embargo, tenéis la forma de la silueta de un hombre —dijo.

—Ya nos viste hace dos años y sabes que eso lo podemos hacer, aun a costa de terribles sufrimientos. Tenemos una forma física —siguió
Cero-Uno
—, pero es imposible que vuestros órganos visuales puedan captarla, dado que entonces nos hallamos en una dimensión espaciotemporal distinta a la vuestra.

—Todo eso lo sé —respondió Cadygan—. Pero lo que ignoro es si sois marcianos o, por el contrario, procedéis de un mundo distinto y lejano.

—La respuesta es afirmativa. Por favor, insisto, baja la voz.

—De acuerdo —contestó el joven con un susurro—. Respuesta afirmativa, ¿en qué sentido?

—Procedemos de un mundo muy remoto del Sistema Solar.

—¿Por qué vinisteis aquí?

—Nuestros exploradores captaron signos de existencia de seres inteligentes. Entonces, enviaron a mi expedición para entablar relaciones con vosotros.

—Y lo hicisteis asesinando a seis hombres que no os habían causado el menor daño —declaró Gussie indignada.

—Por favor —rogó
Cero-Uno
en tono apenado—, trata de comprendernos. Nuestro propósito no era ése…, pero fallamos.

—Muy bonito —dijo la chica, irritándose más y más, a cada segundo qué transcurría—. Decís que vuestro propósito no era causarnos daño, pero seis de los nuestros murieron. ¿Cómo se comprende una cosa semejante? Si es que hay modo de

comprenderlo, claro —agregó con sarcasmo.

—No…, no me entiendes. Eres un ser demasiado chillón —se quejó
Cero-Uno
—. Pretendíamos hacer que las comunicaciones entre vosotros y nosotros tuviesen una plena normalidad, que no tuviera que desarrollarse en esta forma que para nosotros resulta fuera de lo natural y que nos causa tanto daño. Siento que aquellos seis murieran…, no podéis imaginaros cuánto lamentamos uno de nosotros la muerte de un ser inteligente, cualquiera que sea su forma y el mundo a que pertenezca. Era…, tratábamos…

Cadygan se dio cuenta de las evidentes dificultades que encontraba
Cero-Uno
para explicarse.

—¿Acaso pretendíais conferimos las facultades suficientes para entendemos con vosotros por un medio distinto al que empleamos actualmente?

—Sí —respondió
Cero-Uno.

—Ese medio, ¿hubiera sido mental?

—Sí.

—Nuestros compañeros muertos, ¿habrían cambiado de forma?

—Sí.

—¿Definitiva o accidentalmente?

—Si nuestros experimentos hubieran salido bien, habrían sido capaces de cambiar de forma a voluntad.

—Pero murieron —intervino Gussie con rabia en su voz.

Cadygan extendió el brazo, tratando de calmarla.

—Repórtate, Gussie. Cualquier cosa que hicieras ahora, sólo serviría para empeorar la situación; y la muerte de los seis tripulantes de la «Rusamer» ya no tiene remedio. —Se dirigió a
Cero-Uno
—. ¿Habéis extraído los cadáveres de las tumbas?

—Sí.

—¿Para qué?

—Teníamos que estudiar las causas que produjeron su muerte.

—¿Con qué objeto?

—Para mejorar nuestra técnica.
—Y…, ¿lo habéis conseguido?
Hubo una pausa de silencio.
—Sí —respondió
Cero-Uno
al cabo.
Cadygan reflexionó rápidamente. Las intenciones de los seres se le iban apareciendo más claras, aunque todavía le faltaba concretar algunos puntos.
—Pero a dos de nosotros nos respetasteis —adujo—. E incluso nos permitisteis volver a la Tierra, aunque, eso sí, bien marcados para no perdemos el rastro.
—Era preciso que dos, al menos, quedaran vivos, mientras nosotros, durante este tiempo, estudiábamos los cuerpos de los seis restantes —respondió
Cero-Uno.
—Y ahora —dijo Cadygan—, pretendéis hacer con nosotros lo mismo que hicisteis con ellos.
—Sí. Pero ahora ya no fracasaremos. Estamos seguros de ello.
Cadygan meneó la cabeza.
—Lo siento,
Cero-Uno.
No lo permitiremos.
—No veo por qué queréis resistiros a algo que sólo beneficios puede reportaros —se extrañó el ser.
Cadygan procuró mostrarse paciente.
—Vuestros poderes son muchos —habló—. No lo dudo; la prueba de ello la tenemos en el falso Chet Proutts que nos habéis enviado y que no era más que una composición elaborada casi diría por vuestra mente. Vosotros —prosiguió—, queréis convertirnos en unos seres lo más parecidos a ti, a éste, a ése…, a todos vosotros, en fin, porque os parece, seguramente, que vuestra forma de ser es la más perfecta de todas. Pero no se os ha ocurrido pensar que nosotros estamos muy contentos con nuestro cuerpo, con todas sus tremendas limitaciones y debilidades, pero que ninguno querría cambiar, pese a las supuestas ventajas que podría obtener siendo más o menos como vosotros. En cambio, no se os ha ocurrido emplear vuestra poderosa inteligencia y los fabulosos medios de que

disponéis, en volveros unos seres como nosotros. ¿Por qué esta chica y yo hemos de ceder en ese sentido y no vosotros? ¿Qué ley universal os confiere la preferencia en seguir con vuestra forma actual y cambiar a vuestro antojo la de los demás, en lugar de cambiaros vosotros mismos? Por grande que sea vuestra inteligencia, por grandes que sean los medios de que disponéis, sois iguales a nosotros en el concierto de seres inteligentes de la galaxia. Nada os da derecho a ser más, ni menos tampoco, que cualquier otro ser racional de los que pueblan el universo; y es en virtud de esta ley, que se observa rigurosamente en nuestro planeta, y que puede ser trasplantada sin deshonra alguna al conjunto de todos los planetas habitados, es en virtud de esa libertad total individual, repito, por lo que nos negamos a ser sujetos de experimento alguno para transformarnos en seres idénticos a vosotros. Ni tampoco, por supuesto, os forzaríamos a vosotros a adoptar una decisión semejante, pero a la inversa.

Hubo un momento de silencio después de las palabras de Cadygan. Cero-Uno reflexionó hondamente.

—A pesar de todo —contestó—, debemos hacerlo.

—No entiendo los motivos —alegó el joven.

—Cuando seas uno como yo, los comprenderás con claridad. Y entonces propagarás nuestra doctrina por tu planeta.

—Te equivocas. No encontrarías a un solo terrestre, dueño de su juicio, que quisiera aceptar tu proposición. Sospecho, por otra parte, que esa actitud tuya encierra otros motivos menos confesables, a los cuales, como es lógico, me niego a colaborar.

—Obedecerás. Nuestro poder es casi infinito. No puedes desafiarnos impunemente.

Cadygan sonrió.

—Tengo muestras de ello —contestó—. Pero quizá, en tu superioridad, olvidas que nosotros también podemos hacer algo para defendernos. Incluso arrojaros de este planeta y obligaros a volver al vuestro.

—Tu orgullo resulta insensato. ¿Cómo puedes luchar siquiera contra unos seres que…?

—Lo verás ahora. Huiréis. Escaparéis. Jamás volveréis aquí —exclamó Cadygan. Se inclinó un poco hacia el transmisor de radio y dio todo el volumen al altoparlante—. ¡Jan, grita todo lo que

puedas! Arma mucho ruido, pon música a todo volumen. Que los altavoces atruenen la llanura. ¡Pronto, pronto!

Al mismo tiempo, empezó a disparar el rifle con toda la rapidez que le fue posible, aunque tirando a lo alto.

—¡Grita, Gussie! ¡Chilla como si acabases de ver un ratón!

Un torrente de voz brotó a través del altoparlante del transmisor. AI mismo tiempo, las detonaciones de las armas de fuego y los chillidos de la muchacha componían una horrorosa sinfonía de ruido, que hacía estremecer los tímpanos.

Las siluetas semitransparentes se retorcieron convulsivamente. Los seres resultaban incapaces de soportar semejante torrente de ruidos de todo género. Los gritos, las imprecaciones, el estruendo de la música, los estampidos de los disparos, era algo terrorífico e insoportable, algo que les aturdía y hacía vibrar todos y cada uno de sus átomos, causándoles inenarrables sufrimientos.

De pronto, las siluetas desaparecieron. La habitación se esfumó en un instante.

Cadygan y Gussie surgieron a la llanura, sobre la cual tronaban apocalípticamente los alaridos que brotaban por los altoparlantes de la astronave. Bruscamente, varios objetos brillantes y alargados surgieron de distintos puntos del vuelo y escaparon hacia las estrellas, perdiéndose de vista en contados segundos.

Cadygan lanzó un profundo suspiro de alivio.

—¡Se fueron! —exclamó.

Habló con Poniakov:

—Gracias, Jan, Tu intervención ha sido realmente oportuna. Se han marchado y no creo que vuelvan ya más por aquí. Hasta luego.

Cerró el interruptor. Miró hacia las estrellas.

—Los sonidos les causan enormes sufrimientos —dijo—. Me di cuenta de ello cuando pidieron con tanta insistencia que hablásemos en voz baja. Supongo que eso debe ser cosa de su peculiar constitución.

—Ahora estaremos ya tranquilos para siempre —murmuró Gussie.

—Éste ha sido un choque entre dos civilizaciones si no declaradamente antagónicas, sí, al menos, muy dispares —filosofó Cadygan—. Quizá no pretendían hacernos verdadero daño; posiblemente, sus intenciones, en el fondo, eran buenas, pero opino

que cada uno debe ser como Dios le ha hecho y no pretender cambiar a los demás al gusto propio.

Volvió a suspirar.

—Confío en que el próximo encuentro con otra raza galáctica sea más fructífero; que los contactos que tengamos se desarrollen bajo el signo de la amistad y de la comprensión y que ese encuentro no sea un choque, como ha sido éste. —Giró la cabeza, miró a Gussie y sonrió bajo la máscara de oxígeno—. El nuestro también ha sido un encuentro y no un choque, ¿verdad?

Los ojos de la muchacha brillaban de un modo singular.

—Así ha sido, Rod —confirmó.

* * *

Cyrus Barnfield golpeó la mesa con el puño, lleno de ira.

—¡Cuatro semanas! —barbotó—. ¡Cuatro semanas hace que nuestros radiotelescopios detectaron la partida de la nave de Marte, y en todo ese tiempo, no han sabido enviar un mensaje! ¡Ni uno solo! ¿Me ha oído, Víctor Igorov?

El ruso sonrió plácidamente.

—Ya lo enviarán, Cyrus Barnfield, ya…

La puerta se abrió de pronto y un hombre penetró en la estancia.

—¡Mensaje de la astronave! —anunció a grandes gritos.

Barnfield se precipitó sobre el individuo.

—¿Qué dicen? —preguntó—. ¡Hable, pronto, no nos tenga con el alma en un puño!

—La amenaza ha sido eliminada, señor. El oficial Cadygan pregunta si es factible realizar una boda por circuito cerrado de televisión.

Barnfield se quedó con la boca abierta de par en par.

—¿Una boda? —repitió, desconcertado.

—Eso es lo que dice el mensaje, señor.

Igorov se acercó a los dos hombres.

—Con toda seguridad, se trata de la boda de Cadygan y la periodista. Poniakov está casado ya, así que sólo quedan los otros dos.

—Pero ¡por televisión! —dijo Barnfield.

Igorov sonrió.

—Conteste que para qué quieren una boda por televisión, si tienen un capitán a bordo que puede unirlos legalmente. Felicidades y nada más. Ésa es la respuesta.

—Sí, señor. —El hombre se retiró.

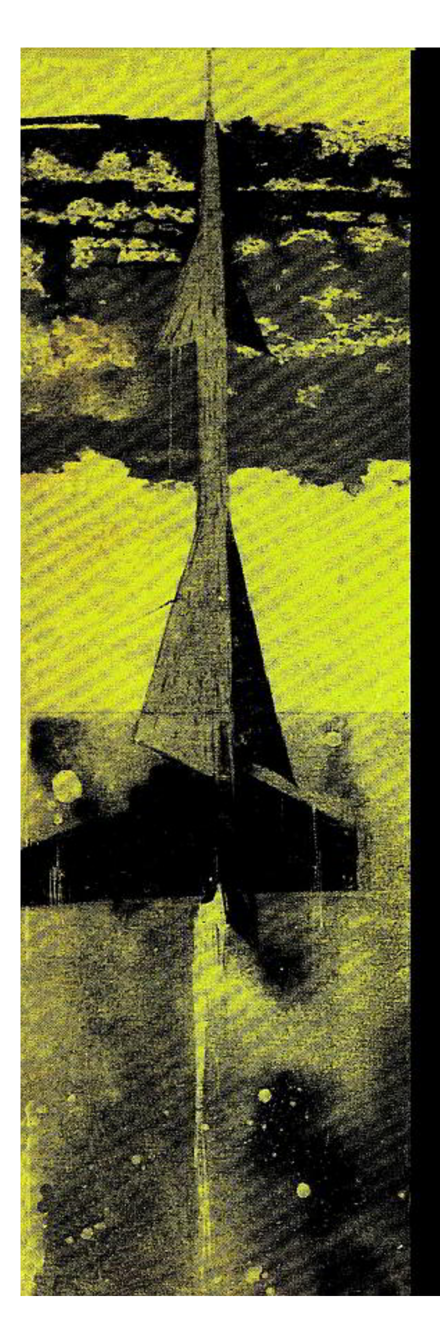
Barnfield se dejó caer en una silla, tapándose los ojos con una mano.

—Después de todo lo que hemos pasado…, sólo se les ocurre hablarnos de un matrimonio —se quejó con voz lastimera.

—Es la juventud, amigo mío, la juventud —filosofó Igorov.

Y miró melancólicamente hacia las estrellas, sintiendo una secreta envidia de aquellos cuatro seres que volaban por el espacio.





Próximo número:

Un plan inverosímil se fraguó en la imaginación de un hombre sin escrúpulos, con la esperanza de

VIVIR 1.000 VIDAS

Autor:

LOUIS G. MILK

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.